

Disfrutemos de este libro, de cada instante de la vida, participemos.
Participemos en todo, porque definitivamente,
y sin duda alguna...





Guillermo Durán Uribe

Personero Municipal de Medellín

Nací en San Gil, Santander, hijo de Cecilia y Guillermo, menor de ocho hermanos. Apasionado del fútbol. Formado profesionalmente en Bucaramanga. Abogado de la Universidad Cooperativa de Colombia y Especialista en Derecho Procesal Penal de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín.

He sido desde lavador de carros y mensajero hasta Juez de la República y Personero Municipal de Medellín. Soy un enamorado de mi país y, sobre todo, de mis tierras santandereanas y antioqueñas. Santander, me formó como ciudadano en principios y valores al lado de mi familia; Antioquia me formó como profesional, padre de familia y ciudadano.

Soy un convencido del argumento, la polémica, la discusión, la tertulia. La riqueza más significativa del ser humano no está en la grandeza de sus bolsillos, sino en la profundidad de sus conocimientos; la lectura, la escritura y la educación son ingredientes perfectos para enriquecer la sociedad en los principios éticos y morales que ennoblecerán la existencia de hombres y mujeres.

Formemos en cultura, eduquemos en valores y dejemos a nuestros hijos esa riqueza que los hará grandes. Eduquemos, eduquemos con amor, con amor del bueno.

Participar es vivir

Autores

Gustavo Arango Soto

Darío Ruiz Gómez

Memo Ánjel

Emperatriz Muñoz Pérez

Juan Carlos Rodas Montoya

Reinaldo Spitaletta

Verónica Villa Agudelo

Saúl Álvarez Lara

Armando Estrada Villa



Universidad
Pontificia
Bolivariana



Observatorio de
Participación Ciudadana

323.042
P273

Participar es vivir / Saúl Álvarez Lara, editor -- Medellín: UPB,
Personería de Medellín y Metro de Medellín, 2019.

148 páginas, 14 x 23 cm.

ISBN: 978-958-764-727-3

ISBN: 978-958-764-728-0 (en línea)

1. Democracia participativa – 2. Participación ciudadana –
3. Fútbol – I. Álvarez Lara, Saúl, editor

CO-MdUPB / spa / rda
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Personería de Medellín
© Metro de Medellín
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Participar es vivir

ISBN: 978-958-764-727-3

ISBN: 978-958-764-728-0 (en línea)

Primera edición, 2019

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Jefe Editorial-Librería UPB: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinadores de la edición: Leonor Gaviria Bedoya y León Felipe Alzate
Meneses, Personería de Medellín

Edición: Saúl Álvarez Lara

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Ilustración de Portada: Santiago Rodas Quintero

Dirección Editorial

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2019

e-mail: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1878-17-07-19

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier
propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia
Bolivariana.

Las opiniones expresadas en los textos que componen esta publicación
son responsabilidad de sus autores y no representan el pensamiento de la
Personería de Medellín.

Personería de Medellín

Guillermo Durán Uribe
Personero de Medellín

Mario Montoya Vanegas
Personero Auxiliar

Alexandra Virviescas Castro
Personera delegada 20D
Unidad de Protección del Interés Público

Observatorio de Participación Ciudadana
Leonor Gaviria Bedoya –Coordinadora-

León Felipe Alzate Meneses
Ana Eloísa Gómez Gómez
Zeller Alvarez Urrego
Jilmar Jackson Rentería
Juan Fernando Vélez Palacio

Apoyo jurídico y de planeación
Jorge Iván Castaneda Ríos
Fabián Albeiro González Londoño

Metro de Medellín

Tomás Elejalde Escobar
Gerente
Empresa de Transporte Masivo del Valle de Aburrá

Consejo editorial

Saul Álvarez Lara
Juan Carlos Rodas Montoya
Luis Fernando Macías Zuluaga
Leonor Gaviria Bedoya
Juan Diego Mejía Mejía
Juan Correa Mejía
León Felipe Alzate Meneses

Personería de Medellín
Sede principal: Centro Cultural Plaza la Libertad Carrera 53A No 42 - 101,
Contigua al Centro Administrativo La Alpujarra. Medellín, Colombia.
<http://www.personeriamedellin.gov.co/>
info@personeriamedellin.gov.co
Teléfono: +57 (4) 3849999 Fax: +57 (4) 3811847
twitter: @personeriamed
Facebook: Personería de Medellín DDHH
Instagram: @personeriamed
Youtuber: Personería de Medellín TV

Metro de Medellín.
<https://www.metrodemedellin.gov.co/>
Fax: 57(4) 4524450
Calle 44 46-001, Bello-Antioquia-Colombia-Suramérica.
A.A. 9128 Medellín
twitter:@metrodemedellin

Índice

Presentación.....	9
Prólogo.....	13
La ciudad: un espacio en el que todos participamos ... <i>Gustavo Arango Soto</i>	17
Volver a hacer la ciudad..... <i>Darío Ruiz Gómez</i>	29
Medellín en medidas del caminar <i>Memo Ángel</i>	41
Participar, un derecho sin edad <i>Emperatriz Muñoz Pérez</i>	57
El “dueño” del balón..... <i>Juan Carlos Rodas Montoya</i>	69
Una alcaldada prostituyente..... <i>Reinaldo Spitaletta</i>	85
Enamorémonos de Medellín..... <i>Verónica Villa Agudelo</i>	99

Arte y compromiso en Barbacoas 113
Saúl Álvarez Lara

La participación en la teoría y en la práctica 127
Armando Estrada Villa

Presentación

Hoy tengo la fortuna de escribir estas líneas como presentación de una obra que, tengo la convicción, deleitará a sus lectores con crónicas, reflexiones y puntos de vista de nuestros escritores, quienes, con una mirada distinta, literaria, real, y, sobre todo, colmada de vivencias, muestran la esencia de uno de los pilares del Estado de Derecho por el cual nuestra Nación ha vivido momentos de euforia y satisfacción, aunque también se ha visto sumida en grandes conflictos que fueron el origen de desilusiones, frustraciones, desolación y muerte.

Al preguntarnos qué es aquello que forja las bases de una sociedad, encontramos que la respuesta está en la esencia de este libro: “la participación ciudadana”; respuesta que nos produce satisfacción y optimismo, pero que también ha sido causa de momentos dolorosos y tristes, llevándonos a la indignación y al repudio de aquellos

actos que pareciera que nunca podremos perdonar. La participación ciudadana ha trascendido en el mundo, ha forjado revoluciones, ha estado en el origen de movimientos ideológicos, políticos y sociales que lideran los destinos de la humanidad. Nuestro país se ha enfrentado durante años para conseguir el derecho a conjugar la esencia de participar. Es tan difícil aceptar el criterio de otro como aceptar que tiene la razón. Esta premisa ha llevado a no permitir la participación de quienes tienen opiniones e ideales distintos a los nuestros, ya que preferimos excluirlos y marginarlos, tildarlos de delincuentes, de terroristas, de extremistas de derecha o izquierda, o les aplicamos cualquier calificativo que limite su participación, mine su pensamiento y, por ende, su propia vida. Muchas vidas y mentes brillantes se han inmolado para conseguir que un pueblo exprese, en todos los sentidos y de todas las maneras, sus ideales.

Las luchas de varias generaciones nos hacen testigos del despertar de un gigante que durmió durante décadas el sueño de la impotencia, el miedo y el olvido. Un gigante que debemos fortalecer, que debemos proteger y que nunca más volverá a invernarse. Ahora llegó el momento de participar, de transformar nuestra sociedad, de transformar nuestra cultura, de estimular la confianza entre los ciudadanos y promover el desarrollo para todos.

Como Personero Municipal quiero dar las gracias a nuestros escritores e ilustradores, al equipo del Observatorio de Participación Ciudadana de la Personería de Medellín, quienes se han comprometido con la ciudad para entregar este libro que no solo despertará al gigante sino el interés de los medellinenses, les dará las herramientas y el componente social para entender que parti-

cipar es respirar, es sentir, es latir, es emoción, es alegría, es tristeza, es todo. Para entender que “participar es vivir”, como acertadamente se ha titulado este libro.

Quiero invitar a toda la ciudadanía a la gran fiesta de la participación ciudadana; a tomar decisiones, a proponer, a pensar, a soñar, a vivir con intensidad y a hacer parte de esta gran urbe de la cual estamos orgullosos. Hoy debemos sentirnos complacidos de la sociedad que tenemos, de nuestra gente, de nuestra idiosincrasia y nuestras costumbres, y de que seamos un pueblo que se transforma, que se abre camino y labra su destino por las vías de la razón. Disfrutemos de este libro, de cada instante de la vida, participemos. Participemos en todo, porque definitivamente, y sin duda alguna, “Participar es vivir”.

Guillermo Durán Uribe
Personero de Medellín
Medellín 2019

Prólogo

“La Constitución establece el derecho y el deber ciudadano a la participación, y le impone al Estado obligaciones para que la procure en lo político, lo económico y lo social”, escribe Armando Estrada Villa en *La participación en la teoría y en la práctica*. En otro aparte de su texto añade: “todos los seres humanos son sujetos de la participación”. Gustavo Arango Soto, en *La ciudad: un espacio en el que todos participamos*, presenta la participación como un entramado de situaciones, como un tejido articulado por una multitud anónima de tejedores. Darío Ruiz Gómez, en su texto *Volver a hacer la ciudad*, hace un recuento de cómo los espacios públicos han cambiado en beneficio de nuevos grupos de poder, que convulsionan el sistema de vida y la participación. “Rehacer hoy la ciudad –escribe Darío Ruiz– es rehacer la presencia de varias ciudades que hasta el momento han permanecido invisibles unas para otras”. La participación es un tema que concierne a todos los habitantes, aun en situaciones en la cuales lo deseado es no participar. No participar es, desde el punto de vista de la presencia en la ciudad, una forma de participación. Participamos todos los días en todas las situaciones y momentos. Memo Ángel escribe, en *Medellín en medidas del caminar*, que para reconocerse en la ciudad y participar en ella caminar es una buena

medida, y narra cómo, desde los años de su infancia hasta ahora, caminó, reconoció, vivió, conversó la ciudad y entre calles y esquinas ha construido caminares como una forma de participación.

El texto de Emperatriz Muñoz Pérez, *Participar, un derecho sin edad*, es un llamado a visibilizar a los adultos mayores convertidos, en el mejor de los casos, en sujetos de bondad y caridad; y en el peor, en seres invisibles que apenas respiran, y si se mueven, lo hacen por terquedad. Sin embargo, escribe Emperatriz, se han logrado avances en materia de envejecimiento y en la creación de espacios propicios para el bienestar y la posibilidad de participar siendo activos. Se han logrado avances en otros espacios también, como el narrado por Juan Carlos Rodas Montoya en *El “dueño” del balón*, sucedido en el barrio Campoamor, cercano a la zona industrial, donde Sulfácidos S.A. envilecía con olores nauseabundos el medio ambiente. Quizá no el único antídoto para los malos olores, pero sí uno de ellos, fue el fútbol que jugaron a todas horas y en todas partes a pesar de las emanaciones de la fábrica. Con el apoyo de un cura revolucionario y una comunidad participativa lograron erradicar el mal y hacer del fútbol una bandera hasta hoy inolvidable.

La participación es la manifestación de la democracia como demostración de pluralismo; sin embargo, la ciudad ha vivido situaciones que aún hoy tienen consecuencias. En 1951 se dio lo que Reinaldo Spitaletta llama *Una alcaldada prostituyente*. El alcalde de la época ordenó, por medio del decreto 517 de 1951, el traslado de las zonas de tolerancia al Barrio Antioquia; “una atroz alcaldada”, escribe Spitaletta, que cambió por siempre la vida de la zona, del barrio y de sus habitantes: familias

trabajadoras con cerca de mil niños en edad escolar. Y como una manera de reivindicar el trabajo realizado por los colectivos de jóvenes en la maltratada Comuna 13, en Moravia y en toda la ciudad, Verónica Villa Agudelo propone que la miremos con los ojos de la curiosidad, como si fuéramos turistas que descubrimos los espacios que habitamos; *Enamorémonos de Medellín*, el título de su texto, es una invitación a habitar la ciudad, a vivirla y participar en ella con ojos de enamorado. Saúl Álvarez Lara, en *Arte y compromiso en Barbacoas*, narra cómo a partir de un nombre de mujer, la denominación de un mito, el uso de un sustantivo convertido en nombre y bajo el impulso del arte, un grupo de voluntarios y gestores culturales ha logrado la participación abierta al arte de los habitantes, población transgénero, homosexuales y prostitutas, de la calle Barbacoas, zona estigmatizada del centro de la ciudad, con manifestaciones artísticas que se integran por el sendero de la cultura.

Vivir en una ciudad, habitarla, implica participar, bien sea de manera activa o pasiva, haciendo parte de una organización o contribuyendo directa o indirectamente en una situación política. Armando Estrada Villa presenta la participación desde la teoría y la práctica con análisis y comentarios sobre la Constitución Política de Colombia. Su texto nos sirve de marco para definir y entender el significado del verbo participar. Los textos aquí presentes nos abrirán los ojos y estimularán nuestra curiosidad sobre las múltiples maneras de participar a las que podemos llegar.

Saúl Álvarez Lara
Editor

La ciudad, un espacio en el que todos participamos

Gustavo Arango Soto

*No somos solo espectadores sino actores
que compartimos el escenario con
todos los demás participantes...*

Kevin Lynch

La frase de Kevin Lynch podría aplicarse al mundo entero, entendiéndolo como un gran escenario en el que, desde hace varios millones de años, se desarrolla una obra que aún no sabemos cómo terminará; o si terminará algún día.

Esa obra se podría titular “El largo viaje de la vida humana sobre la tierra”, y sería tan grande y compleja que nadie podría escribirla, y si por algún arte de magia se escribiera a nadie le alcanzaría su pequeña existencia para leerla, así que llevemos mejor el tema y su desarrollo a escenarios más pequeños y manejables: las ciudades que habitamos.

Este escrito tendrá entonces como escenario a Medellín, no en toda su historia, ya un poco larga, sino solo en los últimos setenta años, aproximadamente, y tampoco



Santiago Rodas Quintero. Ilustrador

podrá contar la vida y milagros de todos los actores que participamos durante ese tiempo porque ni siquiera sabemos cuántos fuimos, lo cual nos lleva, entonces, a la tarea de contar el desarrollo del escenario mismo, de la puesta en escena, por así decirlo, y a lo sumo dar una mirada rápida, como a vuelo de pájaro, respecto a uno que otro de los actores que nacieron, vivieron y dejaron de vivir en ese tiempo y en ese espacio en particular con el fin de saber de qué manera participaron en ese proceso de deconstrucción de la ciudad, y no solo de sus edificios, sus calles o sus parques, sino de las formas de relación que se fueron tejiendo una y otra vez, siempre cambiando las formas, los colores, los hilos conductores, las tramas y los valores que podían representarse en ese tejido construido a muchas manos en distintos momentos por una anónima multitud de tejedores.

Primero, hay que aclarar que todos somos participantes, aunque no hagamos nada, aunque permanezcamos en silencio, sin hablarnos, sin salir de la casa, ocultando el rostro cuando atravesamos la puerta que nos lleva a la calle, y esto porque aun así seremos referencia, comentario y chisme colectivos... el que no sale, ¿por qué será que no habla con ninguno de nosotros?, ¿alguien sabe cómo se llama?, ¿cuál es su historia particular, quiénes son sus hermanos, sus amigos, quiénes fueron sus padres?, ¿por qué porta esas ropas, por qué tiene esa mirada perdida en algún recuerdo lejano?

Cuando buscamos no participar resulta que lo hacemos a pesar de nuestra intención de no formar parte del entramado, lo hacemos como punto de referencia y este, además, puede ser positivo o negativo. Participan el santo y el ladrón, la matrona y la prostituta, el dirigente político y el alcohólico que llega todos los días a su casa

a hacerle la vida imposible a quienes conviven con sus penas. Todos, de una u otra forma, somos participantes de lo que en suma es una construcción colectiva en la que unos ponen un granito de arena y otros quitan la arena que otros han puesto. Participa el que construye pero el que destruye también lo hace, aunque de otra forma y con otro resultado.

Era otro también el Medellín de 1950, con apenas un poco más de trescientos mil habitantes, y cuando estaba claramente separado de sus municipios vecinos: Envigado, Itagüí, La Estrella, San Antonio de Prado, Bello, Copacabana; a los que se deben sumar Caldas, Girardota y Barbosa, esta última todavía un poco lejos. Estos municipios forman hoy un conglomerado urbano que sobrepasa los tres millones de personas que viajan todos los días de uno a otro de esos municipios por razones de trabajo, estudio, relaciones sociales y familiares, diversión y alguna cosa más que no sabemos. Hoy, esos antiguos municipios, otrora independientes, están tan poco separados entre ellos que, al otro lado de la calle, como sucede en el sector de La Frontera, entre Medellín y Envigado, está el municipio vecino.

Ese Medellín de trescientos mil habitantes contrasta con los poco más de diez mil que tenía La Ceja en ese mismo tiempo, y los más de catorce millones que tenía Nueva York.

El nivel de relaciones en estos tres ejemplos es diferente y, por tanto, es distinto el tipo de participación que se puede tener en ellos. Medellín era mucho más pequeña que hoy, sus laderas estaban deshabitadas, la margen occidental del río apenas comenzaba a colonizarse y sectores como el Estadio eran terrenos por desarrollar; había pocos carros, casi nadie tenía motocicleta, todo el mun-

do iba al centro a hacer sus diligencias pues allí estaban las oficinas gubernamentales, los bancos y el comercio; en los barrios solo había tiendas ofreciendo unos pocos productos locales, nada importado.

Los niños jugaban en la calle el día entero en sus vacaciones, y en cada barrio todo el mundo era conocido, no había roles ocultos o extraños, se sabía la historia familiar y personal de cada uno, sus nombres y apellidos, sus gustos particulares, sus aventuras y desventuras. Las clases sociales estaban clara y firmemente delimitadas, ocupando cada una el sector de ciudad que le correspondía. Las familias importantes vivían en el centro, en los alrededores del Parque de Bolívar y en Prado, y tenían fincas de recreo en lo que hoy son las lomas de El Poblado; en ese entonces, prácticamente, sector rural. Las clases medias apenas des-puntaban y comenzaban a colonizar la margen occidental del río, y los sectores populares ocupaban a Manrique, Aranjuez y, en general, los barrios del norte.

Todas las rutas de buses iban de los barrios al centro, en un sistema radial, de tal manera que nadie tenía que pasar por espacios que no le correspondían. En un espacio urbano como este las personas no pueden conocerse en su totalidad, solo se relacionan y se influyen mutuamente las del vecindario barrial, y solo el centro es territorio de todos, explicando que el sector Centro Norte era de clases altas y el sector Centro Sur era popular; en líneas generales, cada quien estaba donde le correspondía estar.

En contraste, y para ese mismo tiempo, Nueva York era una megaciudad; quizá la mayor del mundo, la más multicultural. Habiendo recibido millones de migrantes de toda clase de procedencias configuró una fragua donde todo lo extraño podía volverse cotidiano. En ese entorno, un centro como el de Manhattan veía pasar cada

día un río de viajantes que se desconocían, no se miraban, no se hablaban, pero cada uno tenía una reacción frente a los otros; es ese no mirarse, no establecer relación, mostrarse ajeno a todo lo que lo rodea, establecer su espacio y su distancia pero apreciar la diferencia sin buscar el encuentro ni el entendimiento. Eso también es participar, porque se produce un hecho cultural que marca a propios y extraños, y construye comportamientos específicos en cada grupo humano y en cada individuo.

La Ceja del Tambo tenía en 1950 no mucho más de diez mil habitantes, y era una calle de ingreso y salida de unas siete u ocho cuadras de largo y unas tres o cuatro, al norte y al sur del parque central, por donde todo el mundo pasaba alguna vez en la semana, ya que en ese pequeño marco estaban las oficinas gubernamentales, los bancos, la empresa de teléfonos, las iglesias y los comercios. Nada ni nadie escapaba al ojo avizor de los señores que se sentaban en las bancas del parque a ver quién iba y venía, haciendo qué y en compañía de quién, mientras las señoras vigilaban atentas a través de las ventanas arrodilladas de sus casas, todavía de estilo colonial americano. Todos conocidos, nadie extraño, todos siendo influencia buena o mala para los demás, todos siendo ejemplo a imitar o rechazar; poco o ningún cambio visible, todo quieto como si el tiempo no transcurriera en ese rincón del mundo, perdido en un pequeño valle de altura en cualquier lugar remoto de la cordillera de los Andes.

Existía mucha diferencia entre salir a caminar por estos tres espacios notablemente diferentes, por la Quinta Avenida de Nueva York, en Manhattan, tomar el metro, entrar al Museo Metropolitano o al Madison Square Garden a ver algún espectáculo de resonancia mundial, recorrer los almacenes, galerías de arte o ir a Wall Street

donde se jugaba el destino económico del mundo. Otra experiencia era ir al Parque de Berrío en Medellín, coger hacia el norte por Junín y sus comercios de élite o hacia el sur, a Guayaquil y sus almacenes de misceláneas más populares, un sur a donde llegaban los buses intermunicipales, tenía el mayor mercado de la ciudad y la estación del ferrocarril, puerta de entrada y salida de la ciudad. Finalmente, en alguna mañana llena de neblina o de fina lluvia, el parque central de La Ceja estaba a menos de cinco minutos a pie de cualquier otro lugar del pueblo, no había buses ni trenes, pero sí caballos y mulas; la feria semanal se celebraba a cuatro cuadras del parque, donde hoy se levanta la terminal de transporte; y eso ya eran las afueras del pueblo que, por esos días atravesaban, dejando sus marcas por las calles, muchas de ellas en tierra, las recuas de ganado.

Cada lugar con su dimensión, su importancia histórica, su diverso nivel de participación.

¿Qué cambió en setenta años? Fenómenos de desplazamiento convirtieron a Medellín en el receptor de miles de familias que huyeron de la violencia y se asentaron en terrenos de ladera poco propicios para el desarrollo urbano; llegaron con su cultura campesina a una ciudad que no estaba preparada para recibirlos y que, además, los ignoró dándoles la espalda durante decenios, contribuyendo con esta conducta a la creación de subculturas urbanas, distantes entre sí tanto física como espiritualmente.

Ya hacia finales de los años ochenta el narcotráfico había asentado sus raíces en ese amplio caldo de cultivo de adolescentes y jóvenes que no encontraban otra salida a la pobreza que convertirse en mulas o sicarios. La ciudad se compartimentó por completo e incursionó en una guerra que, la mayoría de las veces, era de clases so-

ciales, pero tenía un largo trasfondo histórico de abandono y desprecio hacia los menos favorecidos por parte de quienes ostentaban el poder social, político y económico. Medellín se convirtió en una ciudad de paradojas, pobreza, marginamiento y violencia, por un lado, y progreso y riqueza por el otro. Los cambios más visibles se dieron en el acelerado proceso de urbanización de las lomas de El Poblado y Envigado, albergando a unos sectores en rápido ascenso social ayudados por economías de todo tipo, incluidas las subterráneas. La otra huella visible fue la construcción del Metro, que dio a la ciudad una imagen de modernidad al ser la única en Colombia en tener ese medio de transporte, que llevaba ya más de un siglo en otras partes del mundo.

El centro de Medellín fue abandonado por las élites. Contribuyeron fenómenos como el traslado de todas las sedes gubernamentales al sector de Guayaquil, eliminando la plaza de mercado y dando lugar a mercados especializados en todas las zonas de la ciudad, de preferencia en la parte sur, tanto noroccidental como nororiental. De esa manera, ese sector antiguamente popular fue cambiando de cara y de propósito, ya no era el lugar de llegada a la ciudad, no había ferrocarril ni terminales de flotas de transporte interurbano pues estas fueron trasladadas a las terminales Norte y Sur.

Los parques de Berrío y Bolívar se fueron adaptando a nuevas poblaciones, algunas de ellas de tipo marginal, y dejaron de ser referentes de la ciudad, calidad que se trasladó a otros sectores, de preferencia a El Poblado, nueva sede de negocios, comercios, bancos y vivienda de élite.

En este contexto, las varias ciudades que conviven en Medellín se ignoran mutuamente, los que nacen y viven en un sector ignorarán a los otros, por falta de interés o,

incluso, por abundancia de temor; pero la existencia de ese medio de transporte que mueve a más de un millón de personas cada día, con un recorrido que parece una especie de espina dorsal de la ciudad, hace que exista un punto de contacto donde puedan encontrarse todos en un ambiente que tiende a ser respetuoso y tolerante, además de seguro, hasta donde se puede pedir.

Hay otros espacios de participación colectiva donde los diversos sectores se encuentran y se ven a cierta distancia, como en el fútbol profesional; y un tercer fenómeno, que no es bien apreciado y consiste en que la ciudad dejó de crecer como centro industrial para convertirse en una ciudad de servicios que llevó a que miles de personas provenientes de los sectores más pobres buscaran y encontraran en los sectores más ricos todo tipo de empleos, lo que llevó al reconocimiento de unos y otros, o al menos, digámoslo así, que los del norte vayan al sur, así el movimiento contrario no se dé nunca.

La participación, por tanto, no es política; es cultural y multidimensional; difícil de medir y, más difícil aún, de encontrar patrones comunes a todos los medios urbanos, ya que cada uno tiene historia, personalidad y carácter único e irrepetible.

Si comparamos esto con Nueva York hay un extraño punto en común. Allí residen millones de emigrantes colombianos, muchos de los cuales partieron de Medellín buscando otra vida o por el fenómeno del narcotráfico, desafortunadamente. Así que en Nueva York nos encontramos, sobre todo en Queens, un espacio de ciudad que es prácticamente un barrio colombiano.

Nueva York, mientras tanto, se convirtió en una ciudad llena de gente proveniente de todo el mundo; en la actualidad sigue siendo multicultural, es sede de la Or-

ganización de las Naciones Unidas (ONU) y de muchos organismos multinacionales, y no deja de ser referente para todos, así ahora se den desarrollos urbanos más modernos en otras partes del mundo; además, tiene una característica especial, ha creado subculturas que parecieran casi nacionalidades, y eso sin contar con los guetos que albergan pequeños grupos diferenciados entre sí, como Queens, el Bronx, Brooklyn y Manhattan. Dentro de Manhattan se encuentran los tradicionales barrios negros, judío, alemán, italiano y chino. En cada gran sector de la ciudad las personas nacen y crecen, y conservan unos valores que se transmiten de generación en generación. Varias generaciones de emigrantes viven en esta ciudad, la más compleja, fotografiada y filmada, la más conocida por el resto del mundo.

En la Ceja del Tambo el tiempo no pasó en vano, pero sigue siendo muy pequeña con sus cincuenta mil habitantes y sus aproximados dos kilómetros cuadrados de área urbana; un lugar en el cual casi todo el mundo escucha o ha escuchado alguna vez a los vendedores que van por el pueblo en bicicleta repitiendo una grabación a punta de megáfono que dice: “almojábanas, calienticos los buñuelos”; los únicos que no la oyen son los residentes de las nuevas unidades cerradas, que como su nombre lo indica, se cierran al entorno y crean uno artificial que fue importado de Medellín; una mala importación sin duda, pero son fenómenos que no pueden detenerse, sobre todo cuando se dan bajo la apariencia del progreso.

Participar es, pues, hacer parte de algo, ser parte de procesos de construcción y destrucción, no solo de cosas físicas como calles, casas y edificios en general, sino de valores y prácticas culturales que al ser compartidas nos hablan de cómo somos influenciados por otros y como

cada uno, a su vez, es “influencer”, pues ya no solo es la calle el lugar para aprender, también WhatsApp, Facebook y otras tantas redes sociales que nos ponen en comunicación con el mundo, estemos en Nueva York, en el Parque de Berrío o en el parque central de La Ceja.

Ahora las interacciones son una enorme y compleja trama urbana en donde se hablan todos los idiomas, se ensayan las formas de gobierno y de estructura de la sociedad, se rinde culto a los dioses y se trafica con dinero, mercancías y personas, que vuelan diariamente de un lugar a otro mientras otras se sientan en sus salas de estar, en los bares o en los cafés de esquina a ver las noticias de lo que ocurre en otras partes, incluso en directo; o se reúnen en alegre festejo para compartir el partido de fútbol de la fecha, la final de un Grand Slam o la última etapa del Tour de Francia, todos conectados por sus teléfonos celulares, contando chismes, compartiendo noticias y memes sobre todos los temas imaginables.

Esa es la mayor participación de la historia humana, que lentamente nos va convirtiendo en ciudadanos de la tierra, en los terrícolas de los viejos cuadernos de cómics que se fueron volviendo realidad ante nuestros propios asombros.



Gustavo Arango Soto

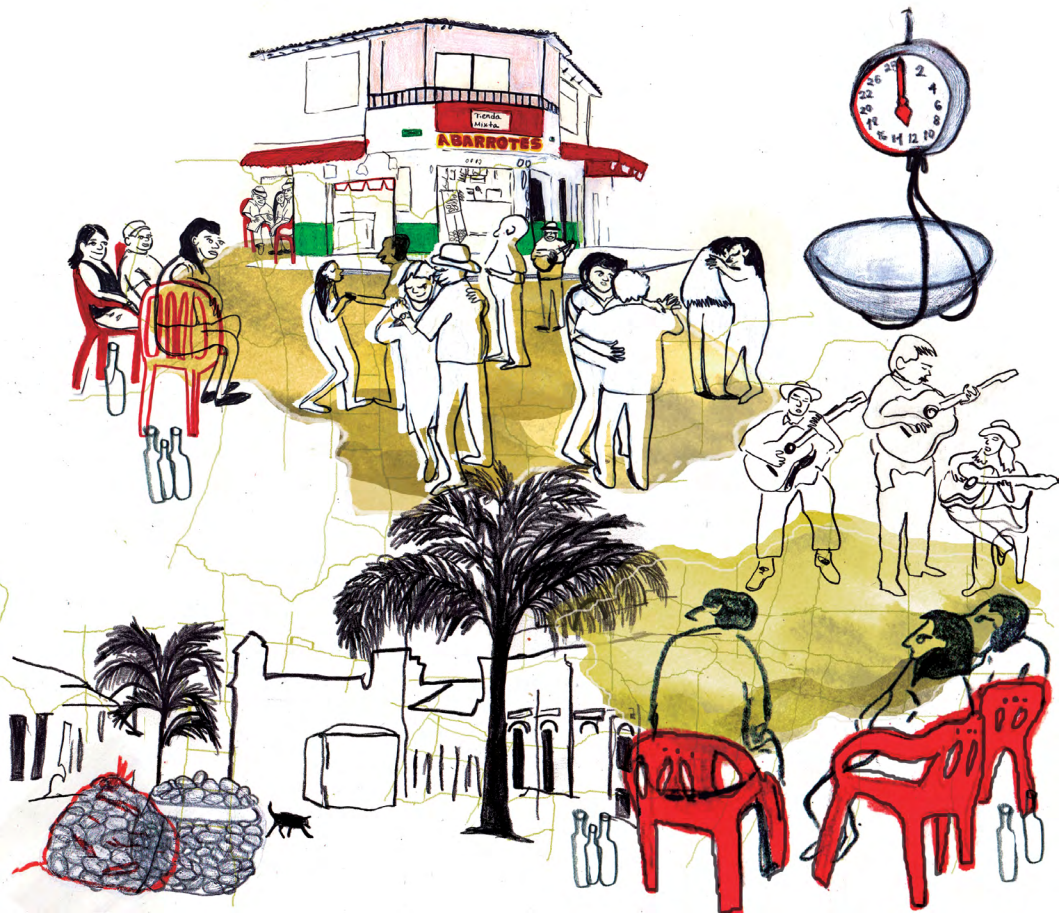
Doctor en Derecho, Universidad Autónoma Latinoamericana (Medellín); Magíster en Filosofía y Ética y Doctor en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Profesor titular Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades, Universidad Pontificia Bolivariana.

Publicaciones: *La responsabilidad del intelectual, El cuerpo en diez obras de la historia del arte. Cuerpo y prácticas estéticas, Crecimiento y desarrollo urbano, Tecnología y tercer mundo. El hombre en la frontera tecnológica, Conversando en Medellín. Medellín a los 200 años de su independencia* (en coautoría con Memo Ángel), *Introducción a la música, El arte en el Renacimiento, Arte y ética en la vida y la obra de Vincent van Gogh, Arte moderno, siglos XVII al XIX* (en coautoría con Luz Marina Gärtner), *Condición de ciudadanía. Una conversación sobre la ciudad que nos toca* (en coautoría con Memo Ángel) y *El pensamiento de Leonardo da Vinci*.

Volver a hacer la ciudad

Presencia de la posmetrópolis

Darío Ruiz Gómez



Lorena Zuluaga. Ilustradora

¿Por qué sabemos tan poco de lo que a nivel económico, a todos los niveles que tienen que ver con el desarrollo social, se está decidiendo sobre el presente y futuro de Medellín, es decir, sobre nuestra vida ciudadana? Palpando cada día, tal como lo hace la ciudadanía, la evidencia de estos cambios en el uso de la ciudad. ¿Por qué las distintas alcaldías ignoran estos hechos y pretenden gobernar a Medellín bajo la perspectiva de una ciudad de servicios de hace veinte años? ¿Desde la irrupción de la violencia del narcotráfico nos hemos detenido a pensar de qué manera esa violencia modificó para siempre nuestros usos del espacio público, nuestras relaciones sociales, nuestra escala de valores? ¿No es, como podría parecer, una mordaza que se impone a los medios de información, tal como se hace en una dictadura política para llevar en secreto estas determinaciones, dejando por fuera las distintas opiniones de la ciudadanía y negando, por consiguiente, la participa-

ción democrática de los distintos estamentos de la ciudad en una toma de modificaciones sobre lo que debe ser el rumbo lógico de la ciudad?

Lo cierto es que para determinar lo que llamaríamos nuestro inmediato futuro es necesario primero conocer nuestra realidad presente. Lo que supone la destrucción, por ejemplo, del espacio público, la incorporación de la niñez y juventud a las organizaciones criminales y a las nuevas economías que definen la vida social, se presenta de manera contundente como una modificación de la estructura urbana, tal como lo demuestra la ofensa que suponen las llamadas “barreras invisibles”. Pero, disimuladamente, la mordaza ha existido y sigue existiendo pues lo que Manuel Castells denomina “flujos de información” supone el dominio total por parte de los poderes económicos imperantes inscritos en la sociedad global, y por lo tanto ajenos. Desde ese mercado global, donde ya operan sus capitales, a las afugias específicas del ciudadano común en la ciudad real, y sobre la vida ciudadana, pero ante cuya imposición los grupos sociales afectados suelen recurrir a respuestas creativas inmediatas y de una gran capacidad para la reacción popular, los dialectos, no solo ya de los adolescentes, sino de los distintos grupos, certifican lo que se ha denominado el regreso a la tribu.

La fragmentación inaudita del territorio de la ciudad llega marcada por la presencia de un aumento de los actores en juego, en la economía del narcotráfico, el turismo sexual y, por consiguiente, con un mayor despliegue de violencia por la llegada masiva de desplazados y de nuevos habitantes que han escogido a Medellín como su nueva ciudad; extranjeros que incorporan inevitablemente otras costumbres, otros usos del espacio. Lo que he

llamado “creciente tugurización” de la ciudad no se debe muchas veces a la presencia de sectores miserables y sus tugurios, sino a la imposición de tipologías urbanísticas y arquitectónicas que los poderes, que ejercen dominio, mantienen; ya que esa espacialidad de callejuelas, pasadizos, arquitecturas inventadas, permiten una constante vigilancia y un registro total de los movimientos de sus habitantes. Son pues, por definición, espacios carcelarios; la ciudad inacabada en territorios donde la especulación urbana, la construcción, han pasado a manos de esta economía ya no tan subterránea.

Pagamos impuestos de rodamiento, predial, de licores, gracias a cuyo recaudo se logra planificar nuevas vías, nuevos espacios comunitarios, parques. Pero las descomunales ganancias de esa “otra economía” y de ese otro poder que ya es gubernativo, ¿a dónde van a parar si no pagan impuestos que reviertan en beneficios sobre esas comunas sometidas, sobre la calidad de vida de niños y ciudadanos de la tercera edad?, ¿tenemos vocabulario, acaso, para dar nombre a estas nuevas fuerzas económicas que hoy no solo dominan más de la mitad del territorio tradicional, sino que pasaron de ejercer su dominio a través de las distintas formas de coacción sobre el ciudadano, como las llamadas “vacunas”, como el diabólico “cuentagotas”, para dar paso a una autonomía territorial respecto a lo que Michael Davis señaló como “gobiernos autónomos”, nuevos grupos de poder, regidos con leyes propias donde las ganancias son estrambóticas, desmesuradas? Aquí es preciso referirse a “ciudades dentro de las ciudades”, a capitales golondrinos.

Este desequilibrio del cual la nueva rentabilidad del suelo es dato indicativo de un cambio radical de usos,

y donde la antigua estructura espacial característica de la economía industrial, que correspondió al capitalismo liberal con su concepto del empleo y del uso del tiempo, ha dado paso hoy, ante la presencia de estos flujos de información de redes manipuladas por los nuevos capitales, modas, drogas, turismo sexual, al desencajamiento de la espacialidad urbana, del sistema de transportes, de las identidades barriales y lógicamente, de los distintos sistemas de comunicación.

¿Dónde ha quedado la ciudad de Olano, la del Plano Regulador? Esta globalización, como señala Castells, frente al uso vital de los espacios que los grupos sociales continúan afirmando como los sitios donde las gentes se encuentran, intercambian experiencias, renuevan la cultura, abre un interrogante sobre la nueva gobernabilidad que nuestra clase política ni siquiera se ha llegado a plantear, o ¿es que debemos hablar ya de cogobiernos?

Es esta complejidad, este cambio inesperado y casi brutal de significados que desconocen la anquilosada burocracia municipal o los funcionarios tradicionales encargados de la movilidad en una ciudad que carece de una nueva semántica vial bajo un concepto diferente del transporte municipal y, a cambio, ha ido casi que sistemáticamente destruyendo las calles, o sea, el uso consagrado al espacio público, dejando que la criminalidad se apodere de plazas y parques, establezca de manera abierta sus propias territorialidades y afirme su soberanía. El poder dominante a través de un nuevo nomenclátor trata, caprichosamente, de imponer su ideología, sus valores, dando a calles y plazas nuevos nombres, contrariando la memoria común. Pero a la vez la presencia en las calles de los guardas de tránsito desaparece, abandonando la

necesaria pedagogía cívica y dejando que las cámaras, como en una película de ciencia ficción, se encarguen de la tarea de imponer multas a diestra y siniestra bajo el sistema de terror de una implacable autoridad sin rostro cuando la inseguridad crece de manera alarmante.

Vigilar y castigar

Esta Alcaldía se encontró de sopetón con un problema que había sido represado por las alcaldías anteriores, y que hoy ha estallado abruptamente ante la mirada de una burocracia impotente para comprender sus alcances demoleedores sobre la vida cotidiana. Ya no la violencia del atraco callejero, del asalto a residencias, de la riña; sino la violencia programada desde las superestructuras del crimen organizado que la instauran sin que la ley pueda hacerles frente, o mejor, para demostrar la debilidad de la ley y la justicia. Pensemos en los desastres causados por el desconocimiento de la tecnología adecuada, por las nuevas funciones de un puente, de un intercambio vial, lo que agrava el problema de la movilidad y desacredita disciplinas como el diseño urbano y la ingeniería.

Al caos, caos

Lo que quiero señalar es que la autonomía de los distintos territorios en la antigua ciudad ha dado paso, sin necesidad de teorías, a lo que se ha denominado “centralidades alternativas”, ya que cada comuna cuenta con el mobiliario y las nuevas tipologías comerciales necesarias. ¿Para qué entonces bajar hasta el Centro y con cuáles motivaciones si del calendario oficial han desaparecido los

eventos cívicos y religiosos que convocaban a la ciudadanía propiciando de esta manera el intercambio social? Máxima aspiración en las funciones del espacio público.

El desplazamiento de los antiguos habitantes del Centro y de sus barrios aledaños tuvo lugar, quiero recordarlo, cuando en un grave error de la Oficina de Planeación se comenzó a destruir a Guayaquil bajo “razones de tipo estético”, olvidando que detrás de las imágenes del tango, de la rumba popular –nuestra primera cultura urbana en Colombia– estaba asentada una sólida economía de comercio: plaza de mercado, depósitos de madera, de materiales, fábricas manufactureras, cantinas, bailaderos; toda una población popular que se fue apoderando del Centro imponiendo sus códigos particulares. A lo cual hay que agregar la desmembración de la malla urbana a causa del tajo de la Avenida Oriental y de la incapacidad de culminar el rescate de este desastre con un adecuado diseño paisajístico.

Igualmente, hay que recordar que a raíz del llamado Festival de Ancón las gentes de los barrios populares se acercaron al Centro y se quedaron en él hasta que lenta, pero contundentemente, el hampa se apoderó del sector, impuso su violencia y acabó con la cultura de la noche. ¿Cómo hablar desde estos dominios de una nueva vida del Centro? Hay que agregar a este proceso de tugurización el impulso que, seguramente respondiendo a los intereses de los nuevos propietarios del Centro, les dio la llamada Oficina de Usos, permitiendo que una sola casa se dividiera en tres vulgares negocios, que sobre el espacio de una casa se construyera un feo edificio de vivienda rompiendo descaradamente la escala estética de la calle. ¿Quién podría creer que la calle Bolivia, ocupada hoy

por prostíbulos clandestinos, por moteluchos –uno de ellos fue la casa donde Tomás Carrasquilla escribió sus últimas novelas y debió conservarse como patrimonio–, fue una calle emblemática de la ciudad? Si ni siquiera hoy el concepto de Patrimonio Arquitectónico y Urbano es claro para nuestros diseñadores urbanos, para nuestros planificadores. El arrasamiento progresivo del patrimonio de la ciudad, construida con sus diversas tipologías arquitectónicas, con su poética de los lugares, fue entregado al caos, a la delincuencia, a la fealdad. En ese proceso de matar y matar calles persiguiendo los derechos del peatón y causando el más estrambótico caos vial, se olvidó la ciudad construida para lanzarse a una frenética especulación urbana que saturó el espacio, densificó sin antes haber construido las vías necesarias y terminó por destruir la arquitectura y el urbanismo a causa de un excesivo comercialismo. ¿Cómo definir los alcances de la corrupción bajo este permanente auge del contratismo que no es considerado ya como un delito a castigar?, ¿bajo una economía urbana manipulada por verdaderos clubs de amigos?, ¿qué opción salvadora podría emprenderse si también la tarea de la Veeduría Ciudadana ha desaparecido?, ¿dónde está presente la voluntad de hacer frente con argumentos verdaderos a esta situación inevitable, cuando la ciudad que conocimos ha desaparecido y está sumergida entre los trazos aún desfigurados de ciudades caracterizadas por otras costumbres, y cuando la vivienda en altura sin planificación alguna ha destruido la vida de barrio, ha desconocido la necesidad del plano de base urbano?, ¿quién habla entonces de geopolítica o de hidráulica para plantear la necesaria relación entre geografía e historia, entre costumbres y paisaje,

entre la tecnología y los retos de una topografía imposible?, ¿quién está planteando proyectos para reincorporar vialmente al Centro con las periferias dominadas por la precariedad? Vivimos hacinados unos y otros, el caos vial y la contaminación del aire, la violencia de las calles es tan terrible que parece no corresponder a la idea de ciudad que todavía guardamos con la esperanza de salir de una pesadilla y volver a vivir en una ciudad humana. La ciudad se deshace. Las ciudades mueren cuando han desaparecido los valores de solidaridad y convivencia; cuando, como ha recordado Lipovetsky, “ya no hay vecinos y sin estos la ciudad carece de justificación”.

Aceptando lo que salta a la vista y que nadie puede negar, o sea el enfrentamiento que se da hoy entre la búsqueda de una ciudad para la vida del ciudadano y la ferocidad con que los llamados flujos de información del poder económico tratan de jerarquizarla, imponiendo lo que consideran sus valores: una arquitectura de consumo, unos no lugares; la búsqueda de una espacialidad pública más humana debe partir del reconocimiento de una nueva estructura espacial donde, como recuerda Emilio Lledó, “la ciudad debe volver a ser la continuidad de la casa”. Precisamente, el análisis de esta situación es lo que nos permite darnos cuenta de que los códigos entre los cuales transcurrió nuestra vida, nuestra idea de ciudad alimentada por experiencias imborrables, las cartografías personales de lugares que se han ido aposentando en nuestra intimidad, ya solo quedan en nosotros y, por esto mismo, se han convertido en patrimonio inalienable desde el cual podemos enfrentar el caos, la escalada de la violencia, la desaparición del intercambio social, porque cuando gracias a esos capitales arrasadores del concepto

de sociedad, los antiguos conceptos de valores fueron considerados como definitivamente desuetos, resulta, ante el vacío que vivimos hoy, que precisamente estos valores de amistad, de vida cívica, de creación de una robusta cotidianidad es lo que necesita urgentemente una ciudad arrasada, despojada de sus espacios de convivencia. ¿Es esto pura nostalgia o necesitamos de una nueva lógica urbana que incluya, por ejemplo, a un protagonista que ha llegado para quedarse, el extranjero, no solamente norteamericano sino venezolano, ruso, inglés, rumano? Es lo que se denomina la posmetrópolis y su convivencia de signos incorporados por una globalidad que no tiene reversa y es necesario racionalizar espacialmente, reconocer en los nuevos flujos de información para lograr el reconocimiento de los actuales ciudadanos, de la nueva familia surgida de esta ciudad mestiza y oponer al poder económico de las organizaciones delictivas la fuerza silenciosa de los nuevos valores cívicos, la opción de humanidad que esa economía abstracta les niega al someterlos y considerarlos como simples esclavos. ¿Incorporar las nuevas tecnologías de los cables aéreos negándole al transporte su misión esencial de comunicar comunidades aisladas? ¿Seguir negando el verdadero fundamento de la metropolitanización, es decir, continuar ensimismados entre fronteras que ya han sido desbordadas y que hoy no pueden concebirse aisladas de las regiones del norte, sur, occidente y oriente suficientemente conectadas entre sí?

¿Dónde está el equipo científico capaz de plantear este urbanismo integrador, ya que el principal problema de Medellín radica en el rescate de las áreas cautivas con sus ciudadanos sometidos a poderes nefastos; radica en

aceptar con una nueva racionalidad esta necesidad de otra morfología? Recordar que para el peatón no hay espacios vedados, ni fronteras invisibles, es comenzar a pensar en una ciudad que pertenece y es generada desde la ciudadanía y para la ciudadanía. Y es plantear el hecho de que rehacer hoy la ciudad es rehacer la presencia de varias ciudades que hasta el momento han permanecido invisibles unas para otras.



Darío Ruiz Gómez

Durante treinta años, hasta su jubilación, fue profesor de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Autor de numerosos trabajos de investigación sobre arquitectura patrimonial, desarrollo urbano y teoría del espacio. Miembro del Grupo “Estoá”, ganador del Concurso del Museo de Antioquia en 1997.

Libros: *Proceso de la cultura en Antioquia, Puertas ventanas y portones, Ruta de Robledo, Ciudad de la memoria, Farallones, Tarea crítica sobre arquitectura y Mirada de ciudad*. Desde su columna del periódico *El Mundo* ha mantenido una permanente y solitaria tarea crítica sobre problemas urbanos. Crítico de arte y literatura. Es considerado como uno de los más importantes narradores colombianos y uno de los más destacados intelectuales de Colombia.



Juan Esteban Tobón Alzate. Ilustrador

Medellín en medidas del caminar

Memo Ángel

*Los animales mamíferos,
antes que buscar alimento,
buscan quién los quiera...*

Sapiens. De animales a dioses, Yuval Noah Harari

La expresión “medidas del caminar” no es mía, es una creación de Hamilton Suárez Betancur, Magíster en Urbanismo de la Universidad Pontificia Bolivariana, quien propone una medida (el caminar) para reconocerse en la ciudad, participando en ella. La medida, algo así como hasta dónde caminar para construir una política (un cuidar del otro), no es un detenerse, sino medir la ciudad en caminares, es decir, en hechos políticos y humanos (reconocimiento del otro) para ejercitar la convivencia, el aprendizaje y la debida tolerancia. Así, escribiré con base en tres caminares: lo que anduve, lo que ando y lo que quiero andar.

La ciudad como barrio

La ciudad, en el principio, fue y es el barrio (hay que ver cómo lo canta el tango). En este nos regulamos, nos autocontrolamos, nos conocemos y crecimos (o, si soy un paracaidista, crecemos). Y ese barrio, para serlo, no ha sido verticalizado sino que se mantiene fundamentado en las casas, los vecinos, los pequeños comercios y los sitios de reunión en la calle, donde todos somos reconocidos en formas, acciones y oficios. Y es claro, sin el barrio como sitio esencial (asunto que defienden los argentinos, los alemanes, los franceses y los suizos) la ciudad no existe. Si veo un *skyline* repleto de edificios, lo que percibo es un confinamiento intensivo, una muchedumbre solitaria, una densidad de vehículos que contaminan con gases y ruidos, y una gran ausencia del peatón, que es quien hace la ciudad en caminares. Y si lo que veo son unidades residenciales, me hago a la idea de guaridas, moteles con clientela fija, familias alteradas, viejecitos confinados y cámaras que vigilan, anunciando con sus imágenes la exclusión del otro. Y aclaro que no estoy en contra de los edificios que, como sitios de trabajo y atención al público, funcionan bastante bien; tampoco de las unidades residenciales, modelo norteamericano, para quienes se quieren excluir de la ciudad y habitar entre desconocidos. Y si bien ese mundo de la verticalización y el confinamiento es atravesado por el NN (que bien puede estar insertado en una base de datos para ser atendido), lo vertical y lo residencial encerrado, por fuera de los oficios o el alojamiento de inmigrantes internos, no cumple con la función de ciudad. Son diseños materializados para un ciudadano que no existe.

La ciudad son sus barrios, las identidades de quienes los habitan, sus fiestas comunales, el teatro para el cine, el mercado en el que todos se conocen, la solidaridad necesaria, la mirada del otro (Jane Jacobs, la gran teórica del urbanismo hablaba de la necesidad de los ojos de la calle), el club barrial para ir a jugar y hacer pareja y la escuela que crea tejido social entre los niños y los padres de estos. Y defiendo el barrio porque somos animales de rebaño.

Hablando con Jorge Manrique, un doctor en tecnología que se niega a dejar el barrio (nació en uno y de ese ambiente no sale a pesar de estar en otro), me decía: “en el barrio la gente sale a la calle para que la vean y si no sale, aparece en las ventanas y balcones, y desde ahí saluda y habla”. Y lo hacen para tener reconocimiento, ese saber que existe para otros y, en este deber y hacer, la ciudad es segura, contiene un lenguaje, una ambientalización propicia y hasta un estilo de caminar, según sea plano o esté en pendiente, como dice Hamilton Suárez B., este hombre que analizó su barrio desde adentro y participando con las dinámicas y flujos de un ser urbano. Es claro: un barrio son nuestros adentros, nuestros ayeres, diría Natalia Ginsburg, la escritora italiana. Un barrio es un tango como *Naranja en flor* o *Cafetín* de Buenos Aires.

La ciudad, decía Aristóteles, se construye para lograr un espacio seguro y un bien supremo: que todos mejoramos con base en el intercambio. Y no tiene su inicio en el dibujo de un plano sino en la creación de un asentamiento, en el que varios se unen para compartir oficios, maneras de mirar el mundo y construir bajo la premisa de que un hombre no hace una casa, pero diez hombres

hacen diez casas. Y hacer diez casas implica el trabajo de todos, las creencias de todos y el mejoramiento de todos.

Comienzo entonces a caminar en caminares.

Lo que anduve

Toda mi vida he sido un pequeño burgués (nadie decide dónde nace, en qué cultura o en qué clase) y me crie en Prado Centro, a dos cuadras de la Iglesia del Espíritu Santo y en una calle que me hablaba del fundador de Santa Fe de Antioquia: Jorge Robledo. Desde esa calle, y al frente del parquecito que nombraron Ricardo Olano (el creador del barrio), comienzan mis andanzas. Las primeras sin mucha conciencia de ellas y solo acreditadas por algunas fotografías, en una de las cuales aparezco de pantalón corto, botines con media doblada por encima, unas cargaderas y una camisa de cuello abierto (seguro hacía calor). Y a pesar de lo bien peinado parezco salir de la casa de mis abuelos maternos que entrar a ella. Lo que sí es claro es la verja de la entrada, los escalones hasta una puerta con una vidriera encima, las ventanas enrejadas y el hecho de que estoy viviendo el afuera, pues se ve un trozo de acera. También hay otra foto, esta vez en el patio trasero de la casa de mi abuela paterna, al lado de un perro salchicha (se llamaba Quiqui), en posición de estar celebrando mi cumpleaños, pues mi abuela tiene un pastel en sus manos. De mi casa hasta la de mi abuela con la torta fotografiada había unas nueve cuadras. Ella vivía en la calle Sucre con Cuba, enseguida de la casa del doctor Rodríguez, un hombre al que nunca vi, pero sí a sus

hijas, una muy bonita que se citaba con sus novios en la Catedral Metropolitana, al lado de las columnas cercanas al altar. Debieron hablar de sus amores y de lo que decía el cura; esas cosas pasan.

En los primeros años anduve la ciudad al lado de mi padre, que me llevaba de la mano. A él le gustaba caminar y yo le hice el doble o triple paso. Mientras el daba uno, yo casi corría. Esto me hizo conocedor del sol, de los árboles de carbonero, casco de vaca y falso laurel; del no sé qué de Brasil (muy apetecido por los murciélagos), de almendros, mangos y los arbustos de los sanjoaquines, de donde se sacaba una especie de resina muy líquida que servía para hacer burbujas que explotaban en el aire, muy superiores a las que se lograban con el agua jabonosa. También conocí pájaros y perros, mujeres gordas, siempre de cartera, y fachadas diversas de casas que parecían no estar habitadas. Ya se sabe, Prado era un barrio silencioso y Villanueva, cerca al Parque de Bolívar, más. Esos fueron mis dos primeros barrios, cuando yo ni sabía quién era. Solo un caminador al que cada tanto se le zafaban los cordones de los botines.

Pero el tiempo pasa y fui al colegio (a todos en los que me recibieron siempre fui caminando), conocí los buses municipales que eran de color gris y azul, y las casas de mis amigos, unos que vivían en la carrera Palacé y otros por el lado del Teatro Cuba, llegando al Parque del Obrero, dos cuadras al norte del Parque de Boston, barrio en el que vivía una tía, en la calle Cali. Diría que me medí en caminares: ir al centro, hasta los almacenes de mis tíos, caminar a las casas de mis amigos, subir y bajar escaleras en Guayaquil (cobraba las letras del alma-

cén de mi tío José), entrar a la Farmacia Ras a comprar sanaya (una pomada contra todas las erupciones) y aprovechar para subir a las escaleras eléctricas del almacén Caravana. Todo por allí (hablo de Guayaquil) olía a fritanga, frutas y papel. Y a putas perfumadas con algo que le decían “patchulí”, una especie de perfume venenoso, me dijo Martha, la mujer del servicio de mi casa, una negra flaca que siempre mantuvo un cigarrillo prendido en la boca y que, creo, estuvo enamorada por un tiempo de mi papá. Si mi mamá se enteró, no lo dijo: Martha era una trabajadora excelente, y lo fue más cuando mi mamá quedó viuda y para colmo bonita. A dos pretendientes que la quisieron encamar les fue mal. Todos aplaudimos en casa. Supongo que fue una reacción genética.

Por mis días de adolescente, jugador de béisbol callejero, enamorado primerizo, usante de bluyines El Roble y Caribú, mal estudiante y amigo de mi primo Bernardo y Norman Restrepo (este se murió cuando Pambelé quedó de campeón de boxeo), me gustaba ir a la calle Junín a mirar librerías, hacerle compras a mi mamá en el Ley de Colombia y sentarme en la Plazuela Uribe Uribe, a ver si mi papá aparecía por ahí (ya se había muerto y yo no aceptaba el hecho). Lo busqué también subiendo a los ascensores del Parque de Berrío, que lo mareaban a uno cuando paraban. Pero al fin mi papá quedó hecho una foto o algo bonito en las palabras de mi mamá, y yo seguí caminando la ciudad bajo los calores de diciembre y julio o entre los charcos de las lluvias de abril y septiembre, que eran bastantes, pero se resistían a punta de tenis Croydon, zapatos deportivos que también servían para darles puntapiés a los “ansiosos” que le sobaban la

nalga a uno, como me pasó a cuando miraba la vitrina de la Librería Nueva en la calle Junín. El tipo puso unos ojos como huevos mal fritos cuando hice el chute hacia sus bolas, con tal fuerza que no sé si quedó con hernia. También me gustaba ir a la sinagoga de la calle Zea, quizá para que D’s existiera. Allí rezaba, leía en hebreo, comía sardinas con pan francés y bebía Coca Cola. También escuchaba hablar en yidis, lo que me permitió aprender muchas palabras.

Midiendo en caminares lo que anduve, vi y sentí, cuando ya estudiaba en la universidad y ayudaba a mis tíos en cosas más serias (me nombraron instalador de neveras, televisores, lavadoras y fogones), me permitió conocer mucha ciudad; las vivencias fueron de todos los tipos. Ya la ciudad no se componía de burbujas (por donde yo iba rutinariamente), sino de espacios inesperados. Instalé televisores en el barrio La Toma, llevé neveras y fogones a Aranjuez, fui a San Cayetano pues allí mi madre tenía sus modistas, me moví por Laureles debido a una primera novia, conocí una fábrica de zapatos en Castilla (allí le trabajaban a un tío), recibí clases de física en la Universidad de Medellín y me hice cliente de La Comedia, un restaurante en Carlos E. Restrepo. Allí hablábamos de cines continuos, de cineclubs, de las películas pornográficas del cine Sinfonía, del Parque de la Independencia que ya no existía (pero al que me llevaron chiquito a montar en barca), de las películas de Federico Fellini y Gillo Pontecorvo, Costa-Gavras (muy políticas) y de Woody Allen. Y sí, de literatura, que muy bien surtía la Librería Continental en ediciones al alcance de estudiantes. Y claro, de la calle Colombia y sus discotecas a oscuras (los

reservados), en donde uno acariciaba a su muchacha por un buen rato y al costo de dos tragos de ron. Mientras estuve en la universidad, e hice mis prácticas de comunicador social en las Empresas Públicas de Medellín (el edificio quedaba en la calle Tejelo con la avenida Primero de Mayo o León de Greiff), recorrí la ciudad a pie, en bus, tomé fotos, compré libros, comencé a escribir en el periódico *El Correo* (de liberal memoria), quise aprender a jugar billar sin lograrlo y me hice incondicional de las empanadas de Versalles. En estos caminares, que eran laberínticos, hice amigos, conocí mujeres fáciles y otras intocables, terminé trabajando en publicidad (la oficina que más me gustó fue la de Época Publicidad, en el edificio de la Compañía Colombiana de Tabacos), aprendí idiomas y asistí a los últimos días de Junín, por donde seguían espantando los nadaístas. Creo que la calle Junín se acabó cuando Fernando Vallejo, en su novela *El fuego secreto*, quemaba a Medellín incluyendo el Edificio Coltejer y las bienales que allí hubo. Cuántos caminares hice en esta primera época, no lo sé. El hecho es que aprendí todos los nombres de las calles (cuando tenían nombres) y comencé a oír y leer de tango. Y a ver películas francesas en las que actuaba Juliette Binoche.

En estos andares previos, a Medellín le participé conociéndola, viéndola en la lluvia y bajo el sol, caminando por las aceras, atravesando el río, amando y desamando, haciendo tejido social y tomando como referencia las iglesias y los parques para llegar a una calle que no conociera. No me hice el de la vista gorda para nada: tiendas, bares, librerías, vendedores de lotería, lustrabotas, putas gordas, señoras con vestiditos de flores, hombres

calvos, choques de automotores, mercados, poetas sin oficio, camajanes, marihuaneros, niños en fila siguiendo a la maestra, muchachas de piernas y nalgas gordas, los primeros centros comerciales, médicos ensayando el láser, en fin. En fin, anduve metido en una novela con mil personajes y una trama cambiante con múltiples prólogos, como esas que propone Macedonio Fernández, el escritor argentino.

Lo que ando

Alguna vez Jorge Luis Borges, dirigiéndose a un auditorio de muchachos, les dijo: “Yo también nací en una ciudad que se llamaba Buenos Aires”. Con esto quería decir que las ciudades cambian, que la perennidad urbana es destrucción, que la ciudad es algo que muta. Que una misma ciudad es lo que fue, es y será, que es una fundación mítica. A esto de Borges yo le agregaría una frase que no sé de quién es, pero que me parece inteligente: “Las ciudades no se construyen para ser habitadas, se habitan para ser construidas”. Y frente a esta dinámica no hay que caer en la nostalgia (cuando fui por primera vez al Teatro Junín ya era un pulguero y servía más para cambiar revistas de cómics que para otra cosa). La ciudad de mi juventud ya existe poco y casi al escondido. Ya no es esa que me comía mejor, como bien insinuaba el título de una novela de Eduardo Gudiño Kieffer (*Para comerte mejor*), sino otra que fluye de manera diversa y entre estructuras que nos dicen que somos modernos (de alguna manera), como el Metro, el Tranvía (nunca conocí ese primero que hubo alguna vez), vías más amplias

(una fatal como la Avenida Oriental), la contaminación, el ruido, una buena oferta de tecnología informativa, mejores restaurantes, más noticias sobre la corrupción, más mentiras, mejores servicios de salud, más gente hablando por teléfono, más lugares donde encamarse con alguna, parques mejor servidos, Explora promoviendo la ciencia, el planetario con mejores servicios para mirar el cielo, más libros (aunque la gente lea menos), salas de cine donde es más fácil quedarse dormido, universidades más competitivas, policías mejor vestidos, gente usando más cachuchas que sombreros, porno en decadencia, mayor tolerancia hacia las personas homosexuales, reconocimiento de actores y bailarines, periódicos más *light*, en fin, ahora ando por una Medellín bastante cambiada y esto no me altera. En especial, luego de haber conocido otras ciudades y sus rutinas (viví en ellas), que por lo común son similares. Viéndolo bien, Medellín no es una particularidad, es más una generalidad. Hoy en día no hay ciudades perfectas, las que abundan son ciudades en caos. Unas debido a la sobrepoblación y verticalización desmesurada (como la nuestra), otras fallidas por la falta de agua; algunas aterrorizadas por el enemigo oculto (los terroristas, los delincuentes) y las más en veremos debido a los migrantes que llegan a ellas o a la autoexplotación de sus mismos habitantes, en las que la búsqueda de dinero es más apremiante que respirar, como insinúa Byung-Chul Han en *La sociedad del cansancio*, lo que propicia inmensas multitudes de solitarios estimulados por deseos insinuados en revistas, la televisión o sus propias esquizofrenias.

Sin embargo, por una ciudad emproblemada ando. Es decir, ando por una ciudad moderna. Y si bien he caído al suelo por algún error en el piso, la ciudad que camino no es una continuidad sino una suma de fragmentos que me permiten, si salto bien de uno a otro, verme como ciudadano, participar del conocimiento de otros y, como soy profesor, dar lo que sé a mis alumnos. Y entre ir y salir de los distintos fragmentos la ciudad me permite creer, descreer, alegrarme, asustarme, ver un buen día, toser si el aire está enrarecido, mantener la libido en buen estado y aprender de lo que hay, admitiendo que hay cosas que están bien y otras mal, que oír los noticieros es como darse puñaladas, pero comer y estar con otro es lo mejor que nos puede pasar.

En esta ciudad tengo mis amigos y a los que no les caigo bien, aprendo más porque hay más gente que sabe lo que yo no sé y me lo comparten, camino viendo más cosas y participo de buenos encuentros y discusiones. Incluso, he aprendido a evitar la política y usar más mis criterios de razón. Razón que se construye entre dos o más, pues uno solo lo que alcanza a pensar es lo que más le gusta y no lo que realmente deber ser pensado. Y en este moverme (me gusta mucho montar en el Metro y ver cómo el Tranvía embellece la ciudad), a veces de manera muy lenta entre vehículos y obras en construcción, la ciudad muta, sus fragmentos cambian, aparece gente maravillosa y también inmigrantes que me hacen pensar en las novelas de principios del siglo xx. A estos les ayudo con algo, incluso les sonrío, ellos son lo que fueron mis antepasados, gente buscándose un lugar. Y como la

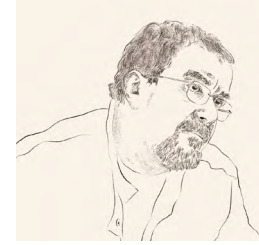
ciudad está inundada de ondas electromagnéticas uso Twitter y Facebook, dos redes alcantarilla pero con algunas islas limpias y productivas de las que tomo algo y reparto. Y es claro, a pesar de tanta gente mintiendo y haciendo alarde de su paranoia, ando por una ciudad que permite comer distinto, ver nuevas técnicas arquitectónicas (incluso desastres), gente que todavía reza y otra que cree en brujos, muchachos que le creen a la inteligencia artificial, un uso desmesurado de la propaganda, negocios que nacen y otros que cierran, calles como las de El Cairo y otras parecidas a las de Nueva York, mujeres bien preparadas, ancianos que se niegan a morir antes de aprender geopolítica, etc. Ando por una ciudad en la que hay de todo lo bueno y lo malo. Dicho de otra manera, ando por el mundo y este es como es y no como yo quiero que sea, como dice Baruch Spinoza. Total, yo nací en una ciudad que se llamaba Medellín y ahora ando en la misma Medellín, pero de otra manera. En conclusión, no he perdido mi identidad. Me quejo, me alegro, duermo, como, tengo amigos médicos por si acaso y cuando escribo o hablo no me salen lagartijas por los dedos ni la boca. Y, entre otras, hasta ahora nada me ha causado un daño severo: como de todo, hablo con todos, mis miedos los escupo y sigo comprando tenis para caminar. La ciudad no me la invento encerrado en mi casa; salgo a ella y ahí está, a veces mala y otras buena. En el fragmento que habito, en mis caminares, muy decente y con una que otra aventura. La vida es como la sopa, sabe a lo que uno le eche, decía una señora. Y si se come bien y duerme bien, se vive bien, decía otra; esta de origen polaco.

Lo que quiero andar

Cuando era un niño tuve un tren eléctrico. En mis viajes de adulto monté en muchos trenes eléctricos y ahora, comenzando a envejecer, veo que en Medellín entramos en el transporte eléctrico. Ya tenemos Metro, Tranvía, vendrán otros tranvías, buses eléctricos por un solo carril, vehículos eléctricos pequeños, etc. Así que a mí me gustaría andar de estación en estación, por entre calles arboladas y viviendas no mayores de cinco pisos que permitan hacer tejido social en la calle y habitadas por gente que, al saber de audífonos inalámbricos no haga ruido con sus músicas. Me gustaría andar por calles con pequeños restaurantes, algunas librerías, mercados de frutas y legumbres, almacenes con vendedores que uno conoce, buenos cines y bares para entrar, oír gente contando chistes o comentando algo importante, sentarme a beber un café y poder saludar a muchos, pues en esos sitios no habrá televisores ni radios a todo volumen. Me gustaría andar por un barrio, por mi barrio, sabiendo que todos existimos y hacemos algo para otros. Y en estos caminares, supongo que los tenis serán todavía más livianos, saber que tengo un espacio en la tierra, que si bien es chiquito como es la tierra en el espacio exterior (un pequeño punto azul), es el lugar donde se vive y se ama, se come y se duerme, se aprende y se convive, se sueña y se construye lo necesario. Esto lo decía Janusz Korczak, el maestro que acompañó a sus pequeños alumnos al campo de concentración, hablándoles de cosas bonitas. Esto me gusta: me gustaría andar por entre cosas bonitas,

por modestas que sean. Ya se sabe, entre lo modesto se participa y comparte más. Debe ser por la tranquilidad del lugar, por la eficacia de los caminares. Un caminar es llegar hasta el otro y abrazarlo.

Escrito en Medellín, la ciudad donde vivo y no me arrepiento de nada.



Memo Ángel

De Memo Ángel hay muchas historias cruzadas: que es escritor y viajero, que vive aquí y allá, que lo han traducido al alemán y lo están traduciendo al italiano, que es profesor universitario y está doctorado en filosofía, que tiene un programa de radio en el que dice lo que quiere y hace otro en el que le hace preguntas a un filósofo. Incluso, que tiene dos hijas, más de treinta libros publicados, que el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) le dio una beca de artista en residencia en Berlín en el 2005, y que hace inversiones en proyectos locos. Bueno, se dicen cosas. Y de eso que se dice es de donde él saca las historias.



Camila Santafé. Ilustradora

Participar, un derecho sin edad

Emperatriz Muñoz Pérez

El alcance de dicha participación, el modo como encaramos dicha participación, depende del conocimiento lúcido, no fragmentado, no condicionado, que somos capaces de desarrollar en contacto con la vida.

[...] Este autoconocimiento nunca resulta de una actividad parcial, como el intelecto, la emotividad, la disciplina corporal o psíquica, etc. Es un hecho vivo, y por lo tanto es generado por la vida, por el vivir intenso y total, por la inteligente relación que establecemos con la realidad. Esa relación marca el tipo de sociedad que constituimos, el tipo de civilización que nos damos

Jiddu Krishnamurti

Preámbulo

Comencemos por decir que la categorización social por edad, sexo, raza, etc. es un mecanismo de valoración de la población para fines prácticos. Según la categoría, las personas se aglutinan en torno a ciertas características que les son “comunes” y, en este ser común, responden a

valoraciones previas que van mucho más allá de ser una simple estadística. Afirmaciones como “la juventud es la etapa del egoísmo” o “los jóvenes buscan gratificaciones primarias y tienen dificultad para madurar”, nos hacen creer que en efecto una característica de la juventud es ser así, como un hecho que engloba a todo el que es joven, con el consiguiente riesgo de someter la particularidad del hombre a la clasificación de la que es sujeto.

Si bien la vida es un hecho único, al categorizarla por edades la fragmentamos y tenemos la sensación de vivirla por partes, como quien escala una montaña en secciones cuya meta por la que algunos ascienden está arriba y otros, al llegar a ella, descienden. Estar en ascenso es ser vigente, tener el panorama entero a nuestra disposición y la libertad de movernos por él adaptándonos o transformándolo. Es posible que algunos durante el ascenso se queden atorados o pierdan el rumbo, o les falle la escalada y abandonen la montaña; pero para quienes continúan el ascenso la vida es la oportunidad, que no es para aquellos que al llegar a la supuesta meta –valga la pena decir que es subjetiva, porque mide con miopía cuánto se ha vivido “usted ya vivió lo que iba a vivir”– deben descenderla (sin abandonarla aún) para abrirle espacio a los que llegan. En las categorías sociales, por edad, en este caso, los más afortunados son quienes están en ascenso: niños, jóvenes, adultos jóvenes y adultos; y aunque deben esforzarse y asumir el rol con todo el compromiso que esto implica, no tienen que levantar la voz para decir aquí estoy y quiero continuar ascendiendo, como es el caso de los adultos mayores y ancianos a quienes les ha sido asignado el rol del descenso.

En el interior de las categorías, más por costumbre que por una experiencia real, se otorgan cualidades a los sujetos aglutinados en ellas, y la suerte o desgracia, como resultado de esta caracterización, corre por cuenta de la creencia de que así es; la sociedad gravita a su alrededor para sostenerlas y darles la fuerza necesaria hasta convertirlas en realidad. De ahí que si aceptamos que ciertos grupos de edades están en descenso, a ellos les asignamos las cualidades necesarias para confirmarlo y, poco a poco, a veces disimulado y otras no tanto, los sacamos del panorama social como entes participativos, para convertirlos, en el mejor de los casos, en sujetos de bondad, de caridad, y en el peor (tal vez el más común) en seres invisibles que apenas sí respiran y que si se mueven lo hacen por pura terquedad.

Si bien la vejez es una realidad, también lo es particular y personal. Estereotipos como “la vejez es la edad del descanso” (no hablo, no pido, no necesito), es “la edad del retiro” (que no me vean, no salgo a la calle, no opino, no soy creativo), es “la edad de los consentidos” (soy sujeto solo de afectos piadosos y misericordiosos), “la vejez es enfermedad” (soy frágil, débil, debo estar recluso, muero mientras muero), miden a todos los sujetos de esta clasificación con el mismo rasero; y la sociedad, que se lo ha aprendido bien, se acomoda de tal manera que todo lo que produce alrededor del concepto de vejez, infraestructura, programas, espacios etc., hace lo posible (de buena fe y por convencimiento) para que el patrón se cumpla, convirtiendo lo que es estereotipo –modelo basado en un prejuicio– en una realidad.

Así, la categoría que solo debería servir para fines prácticos, impregnada de significado, traza (sin ser su objetivo)

la vida y la forma como el hombre participa de ella. Pero como cualquier formulación de cómo vivir la vida, según la edad y la caracterización que lleva implícita, es una construcción, también puede ser deconstrucción, y solo requiere del concurso de quienes, siendo conscientes del mecanismo de fragmentación del que son víctimas, alzan la voz y se hacen presentes participando en la transformación de su realidad, en la construcción de la sociedad que es afín a sus necesidades y realizaciones.

Cuando en Medellín los adultos mayores y ancianos se uniformaron

A finales de los años ochenta y principios de los noventa (el margen es amplio, dos o tres años, porque no tengo la fecha exacta) asistí a un desfile de “adultos mayores” que recorría las calles próximas al Éxito de la calle Colombia. La concurrencia no era muy nutrida, pero sí muy animada. No podría establecer si los animados éramos los estudiantes del naciente programa de Gerontología del Tecnológico de Antioquia, algunos acompañantes del desfile, o los adultos mayores, los protagonistas. La verdad no importa quienes fueran, lo cierto es que podía verse el entusiasmo y el compromiso con aquel evento que pretendía, sin ser explícito, visibilizar a la población adulta mayor de la ciudad.

El caso es que el evento no hubiera cumplido su objetivo si los adultos mayores y ancianos convocados no hubieran asistido. Los que estaban allí representaban a un grupo de inconformes con el rol que, como adultos mayores y ancianos, tenían asignado hasta ese momento. Un rol muy pobre, viciado por los prejuicios, que,

al confrontarlo con modelos de envejecimiento de otros países, resultaba obsoleto, tal vez amañado y mal entendido. Ya había, en quienes respondieron a la convocatoria, la decisión de abandonar la posición de observadores pasivos para integrarse a la vida afirmando que aún estaban en ella, y lo estaban para continuar siendo vigentes y aportantes.

Como el evento está ya lejos de mi memoria, y no encontré registro de él en las redes, no puedo establecer con exactitud quién convocó al desfile. No sé si fue la academia, la Administración Municipal o la Gobernación, lo que sí creo es que las tres entidades estaban presentes, patrocinando de alguna forma, impulsando de otra. Para esa época nacía en Colombia una preocupación importante por el tema de la vejez, gracias a la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento celebrada en Austria en 1982, en la que se invitaba a los Estados a asumir con responsabilidad el tema del envejecimiento y la vejez, y que lideraran políticas, programas y proyectos dirigidos a atender las necesidades de esta población. El fundamento de esa preocupación no era más que la alarmante transformación de la pirámide demográfica de los países que a gritos denunciaba el creciente aumento de la población adulta mayor y, por ende, de la expectativa de vida frente a la disminución de las tasas de natalidad. Si la mayoría de nuestra población era adulta mayor y anciana, ¿cuáles eran las condiciones de vida de las que gozaban?

Me gustaría pensar que fue aquel desfile el que motivó la creación de la Política Nacional de Envejecimiento y Vejez en Colombia y los siguientes programas para adultos mayores en los planes de los gobiernos locales; pero

lo cierto es que, como debe ser, primero fue el ejercicio de lo público y después la movilización. De ahí que el esfuerzo estaba en poner en práctica las propuestas que diseñaron los gobiernos locales, para lograrlo había que crear “conciencia de participación” en los adultos mayores acostumbrados, en lo social, al silencio y a la quietud. Sin embargo, ¿cómo hablar de vejez en una sociedad que sobrevaloraba (y aún lo hace) la juventud?, ¿cómo derrumbar los estereotipos cincelados por generaciones aún en los mismos adultos mayores y ancianos?

Lo cierto era que el discurso sobre la vejez debía cambiar, ajustarse a la realidad; y este no podía construirse sin la decidida y activa participación de quienes vivían la experiencia, porque no es lo mismo creer que saber; suponer que estar seguro. Así, siguiendo las directrices de la Organización Mundial de la Salud en cuanto al envejecimiento activo, “optimizando las oportunidades de salud, participación y seguridad”, apareció el concepto de calidad de vida para la vejez, y las acciones debían comenzar por recuperar la actividad física (como elemento fundamental para conservar la salud), y qué mejor que hacerlo en grupo. Por la ciudad comenzaron a formarse pequeñas comunidades y a fortalecerse otras que ya funcionaban. En un principio fue el ejercicio físico el que reunió a los adultos mayores y la gente tuvo que acostumbrarse a verlos vestidos de forma extraña. Las tradicionales florecitas y medio luto en las mujeres, lo mismo que el pantalón y las zapatillas en los hombres fueron cambiados por la ropa deportiva, las “sudaderas”. El uniforme los identificó como grupo y el grupo les dio identidad.

Conviene subrayar que no eran unos pocos, “eran esos pocos” (que ahora son muchos organizados en los Clubes de Vida y que tienen sus representantes) que se reunían porque entendían sus necesidades; además, exploraban en conjunto sus potencialidades y confrontaban sobre el tapete de la experiencia todo cuanto escuchaban de quienes, formados desde la academia e inspirados por modelos de envejecimiento saludables y autónomos, derrumbábamos lentamente los estereotipos de vejez anquilosada en los que habíamos visto envejecer a los nuestros y, de paso, nos preparábamos para formular la tesis sobre nuestra futura vejez. Esos grupos adquirieron nombres: “Alegre amanecer”, “Años dorados”, “Renacer”, y lo hicieron respondiendo tal vez a una motivación inconsciente, a un propósito que todavía no era claro. Esos nombres designaban secretamente el surgimiento de una nueva valoración que iba en contraposición de lo que hasta ese momento se entendía como vejez. Esos nombres afirmaban que surgía una fuerza con su propia luz y dinámica.

Los acompañamos desde los programas de formación tecnológica y profesional en gerontología (que se crearon tal vez como respuesta a los lineamientos planteados desde la Asamblea Mundial del Envejecimiento de 1982), hasta que nuestro discurso dejó de ser necesario, y no porque nos convirtiéramos en los grandes ausentes, sino porque una vez introyectado el concepto, clarificado el horizonte, quienes debían empoderarse de la situación eran, precisamente, los adultos mayores, para determinar aquello que resultara bueno y necesario. Fue desde esta premisa que se conformaron, con

lineamientos del Gobierno, los Cabildos de Adultos Mayores como una propuesta de “participación ciudadana”, un ejercicio de elección democrática en la que los representantes postulados (de los diferentes clubes de vida) son elegidos por votación. De esta forma, adquieren una representación seria y comienzan junto con la comunidad y el Estado a concertar, a generar propuestas y, por ende, a desarrollar programas.

La realidad es que el movimiento social de conciencia y participación del adulto mayor no hubiera tenido ninguna implicación si en el fondo no hubiera existido la necesidad. Había un vacío que atender, y las políticas públicas que generan presupuestos, y los presupuestos que hacen posible los programas, llegaron donde se necesitaban y encontraron eco. Así, la filosofía de una vejez productiva, funcional y activa se extendió a los hogares de ancianos (conocidos anteriormente como asilos), y estos tuvieron que diseñar programas y conseguir personal idóneo para atender las necesidades de quienes vivían allí. Dejaron de ser (aunque todavía hay muchos con esta dinámica) centros de reclusión del buen morir para transformarse en espacios en los que los usuarios pudieran continuar desarrollando las habilidades existentes, motivando así la exploración de talentos, la lúdica constructiva, la integración familiar y generacional. Por otro lado, la idea de que el mayor no aprende fue necesariamente rebatida y se crearon cursos y talleres con la participación también del sector privado, donde los tiempos de aprendizaje fueron revaluados para adaptarse al ritmo de los adultos mayores y, de paso, fue puesto a prueba el talento de los profesores para atender las necesidades de actualización e información de los mayores. La sociedad entendió

(aunque no del todo) que debía modificar sus formas de intervenir a la vejez para incluirla y no al contrario.

Es innegable que cuando comenzamos a pensar en la vejez de una forma diferente esta cambió. El retiro o no de los escenarios de participación social fue entendido como una decisión que respondía a una realidad personal, individual, según las necesidades, de acuerdo con las circunstancias de cada adulto mayor o anciano, y no porque la sociedad los obligara a retirarse al negarles la participación por carecer de propuestas y espacios para el continuo desarrollo del ser.

Lo anterior no quiere decir que todo en materia de vejez esté resuelto, todavía hay mucho por hacer. Cada generación trae sus propios desarrollos y necesidades. Los mayores de 60 años y más, de hoy, no son los mismos de hace treinta años ni serán los mismos en veinte años. Pero lo cierto es que el camino está abierto y es preciso que crucemos por él siendo ciudadanos activos y participativos en cualquier edad.

Es posible que no queramos que nos vean como unos viejitos (como se refieren muchos) uniformados que cantan en el bus cuando van de excursión, o que no nos resulte atractiva la visión de un grupo de mayores uniformados tomando clase de pintura, literatura o de informática. También es posible que decidamos hacer lo mismo o busquemos otras opciones sin identificarnos con ningún grupo en especial; pero lo importante, lo verdaderamente importante de este relato que no pretende ser una descripción minuciosa de los avances en materia de envejecimiento y vejez en nuestra ciudad (y que seguramente deja muchos datos por fuera), es que no olvidemos que ahora podemos elegir, decidir el qué,

el cómo y el cuándo hacerlo porque tenemos opciones para permanecer activa y productivamente en la vida hasta edades avanzadas, gracias a que antes de nosotros hubo quienes atendieron al “llamado y, al “organizarse”, crearon una fuerza que se fue haciendo grande hasta ser incluida en la toma de decisiones de aquello que les interesaba, respondía a su realidad y se convirtieron en generadores de espacios propicios para estar y continuar siendo socialmente activos.



Emperatriz Muñoz Pérez

Tecnóloga en Gerontología, novelista y cuentista. Algunos de sus cuentos han sido publicados en revistas, antologías, en la colección “Palabras rodantes” y en las compilaciones *Cuentos brevísimos* y *Líneas cruzadas* (Hilo de Plata Editores). En 2008 publicó el libro *A Dios le dio Alzheimer y otros cuentos*. En 2013 publicó *La casa en el barrio* (Editorial Universidad de Antioquia); en 2015 *El asunto*, novela (Ficción La Editorial); y en 2016 *Una sombra*, novela (Editorial Universidad de Antioquia). Además de otras publicaciones de tipo institucional.

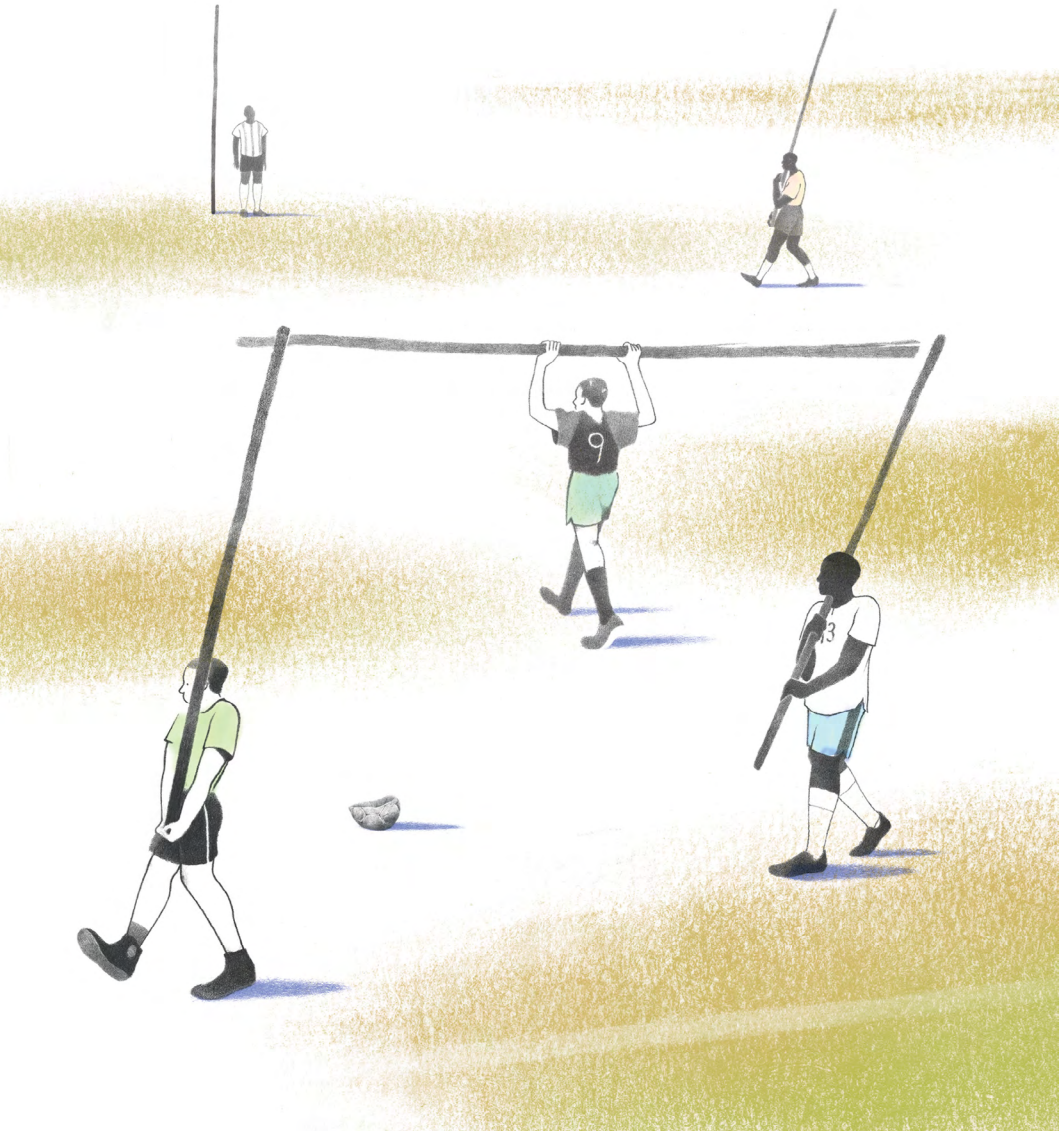
El “dueño” del balón

Juan Carlos Rodas Montoya

*Quando el médico me vio
el maltrecho menisco y dijo:
“típico de futbolista”,
sentí una cierta alegría,
a pesar del dolor,
porque había dicho “futbolista”*

Bengt Cidden Andersson

“Esta ciudad tiene un particular olor a fritanga”. Con este grafiti de fondo, escrito en la pared en la que Bugío ya había contado los cuatro pasos para armar la portería con dos piedras, Pelusa se sacaba a uno, a otro y como no le gustaba hacer gol, se devolvía, se gafiaba a otro y se la entregaba a Malafacha, a quien sí le gustaba mandar el balón “al fondo de las piolas”. Juanmalo también había armado la otra portería, pero solo contó tres pasos. Antes de empezar el cotejo había que sortear la cancha y los jugadores. A Pelusa lo escogían de primero y a Gustavito de último, por no dejar, aunque era el que más “quebraba” con las niñas de la cuadra. Pero él ni futbolista ni mujeres, todos decían que “iba de cura que se las bogaba”. Era verdad que olía a carne rancia. Detrás de esa pared en la que



Samuel Castaño. Ilustrador

estaba escrito el grafiti había una fábrica, Sulfácidos S. A., y no había nada qué hacer para evitar esos olores que se combinaban con otros: pelo quemado y jabón. “No fue gol, pasó por encima de la piedra, no lo pagamos ni por el verraco”. “Oigan a este; qué golazo mijo”. Gritos de azar por la mejor gambeta, lujuria por la niña que se asomaba al bal(c)ón y todos suspendidos, hasta el balón dejaba de rodar, ella sonreía y se agachaba un poquitín para recoger una moneda que tiró quince segundos antes de que la miraran... vuelta al juego, miradas indiscretas, empate, definición porque llegó la hora del almuerzo. “El que haga el último gana”. Otra tarde de gloria y lucidez. Doña Maruja se queda con la pelota que cayó en su jardín, al otro día estrena dos nuevas materas que cuelgan del ventanal. Campoamor y la 54 eran el estadio más grande del mundo. La cuadra era un “estado de dicha permanente”, como decía Víctor Peñuela, el gran maestro de filosofía. Allí se juntaban niños, jóvenes y ancianos a jugar fútbol porque todo se resolvía en el partido. Iglesias, canchas y escuelas eran la gran necesidad. Fraternidad Caritativa donó los terrenos y la construcción de quinientas casas para madres cabeza de familia. Pero faltaba de todo: tiendas, cooperativa, proveedurías, panaderías; pero estaba Sulfácidos S. A. que no dejaba dormir por esos olores tan fuertes y pestilentes. Reuniones, convites, discusiones, alegatos, todo se resolvía a través del fútbol. Un día después, otras materas aparecen en el jardín de doña Elvia; era una pelota fina de carey, de quinientos pesitos. Doña Silvia sueña con que la próxima “pecosa” caiga en su jardín. La vida del barrio se agota en elegir al mejor, al peor, la cancha, al mejor amigo, al dueño del balón (de último) y la mirada de la niña. Sulfácidos huele horrible, pero el golazo, a lo Pelé, eclipsa olores y sabores. Huele a fritanga, pero huele a gol, hay aroma de gol, pero es mejor recor-

dar a la niña. Campoamor huele a fritanga, a Sulfácidos, que tira gases y enferma a la comunidad. Guayabal es un ardor de fútbol y de malos olores. Hasta que no hagamos los doce no nos podemos ir: “mamá, faltan cinco pa’ los doce”. “Culicagao, vení que se te enfrió la sopa”. Esas frases que resuenan y dejan eco en el alma. Sulfácidos huele a sopa vinagre con bacalao pestilente. Darío Patillas se robó una gallina, pasó por la portería, metió gol con ella, lo persiguieron otros, se voló. Doña Aura me dijo que yo sería como Tostao, porque nunca me cuidé del sol, pero que hago goles bonitos. La niña ya no me mira más, la desaparecieron. En Campoamor hubo una época en la que la gente desaparecía, como en casi toda la ciudad... y el país. Había un verbo para nombrar el acto: borrar. Todavía se conjuga. Sulfácidos nos enfermó a todos porque irrigo malos olores que se incrustaron hasta en el alma y las montañas perdieron su verdor.

Hubo una época en la que Campoamor vivía su esplendor por un principio vital: la solidaridad. Todos se juntaban para tener una cancha de fútbol, una escuela, un colegio, una parroquia... y, gradualmente, todo se conquistó con los esfuerzos propios de cada uno de los fundadores de este barrio que padeció los embates de esa fábrica de inmundicias y putrefacción. Jugar fútbol era un ritual sagrado, un furor y una comunión con los dioses porque se hacía catarsis. Cerca de la carrera 54 estaba Hilanderías Medellín, la Colombiana de Tabaco y la Noel. Y ese combinado de olores hizo que conociéramos la palabra democracia. Toxicidad, hilos, chimeñas, cigarrillos Pielroja, galletas, frutas, latas de dulces. Estábamos rodeados de olores, de ese mundo mágico de olores que se apaciguaban de noche y el fútbol debía ser a esa misma hora: de noche y no había lámparas. Con esta mixtura de olores surgieron, además, los primeros bro-

tes de enfermedades broncopulmonares, neurológicas y psiquiátricas entre los habitantes del barrio. En 1975, yo tenía 14 años, apareció un cura de nombre Óscar y de apellidos Vélez Betancur, quien, en sus homilías de la naciente Iglesia de Jesús Obrero, decía que tendríamos que emprender acciones para que esas empresas fueran des- terradas del entorno porque nos iban a “matar” de tanta toxicidad. Sugirió una primera reunión con los líderes del barrio, encargados de fundar la cooperativa, la escuela y el colegio, pero, sobre todo, una cancha de fútbol, bien retirada de estos malhadados olores. Casi todos los habitantes se quedaron en la reunión propuesta y la primera acción fue hacer unos carteles en contra de Sulfácidos S. A., el lugar por donde se filtraban y emanaban los peores olores. Se asignó una fecha dominical para pegar dichos carteles en la fábrica, pero los trabajadores de la empresa, los más afectados, salieron con piedras y palos para defender ese intento de “mitin medioambiental”. Por orden del “dueño” llamaron a la policía y esto acabó mal. Varios habitantes terminaron en la “Permanencia” de Belén, el lugar donde se “alzaban” en el carro de la policía, “la bola”, a quienes jugaban fútbol en la calle y hacían escándalos en las vías públicas. Ese mismo año hubo huelga en Hilanderías, en la Colombiana y en la Noel. Al cura se le oían arengas como “El pueblo unido jamás será vencido”. Y nosotros cantábamos al unísono: “Soy antioqueño, toda la vida, y por Antioquia he de morir...”. El himno de las selecciones antioqueñas de fútbol. En sus homilías, entre música social y deportiva, al cura se le oía decir que era preciso aunar esfuerzos para que estas empresas se trasladaran a espacios más adecuados y dispuestos para controlar esas chimeneas que cada día infestaban más. Este propósito se hizo común y el abanderado, el “cura loco”, como le decían, consiguió estudios

técnicos en la Universidad de Antioquia y en la UPB. Tenía argumentos suficientes para lograr los objetivos. Mientras tanto, se conoció que “el ácido sulfúrico no estaba catalogado como un químico para la preparación de coca” (Convención de Viena); las rejas de las casas se corroyeron, algunos habitantes enloquecieron y los pulmones de todos estaban graves de gravedad ambiental. La ropa olía a...

Por esta época la cancha de Campoamor era el centro espiritual, porque no había escuela ni había iglesia. Todos los encuentros se hacían en el potrero, que tenía manguita, huequito, pantanito, lodito, pero se compartía la alegría del juego, el desafío entre cuadradas y ganas de liderar espacios de participación para tener eso que tanto soñaban todos: colegio, iglesia, escuela, cooperativa y, sobre todo, más lugares para el deporte. Hoy, gracias a los esfuerzos de muchas personas, Campoamor tiene canchas sintéticas, colegio de La Salle, Escuela La Presentación, Cooperativa JFK... pero hubiera sido imposible pensarlo sin la participación de familias enteras que, con sus reuniones, rifas, bingos bailables y ventas de empanadas, hicieron que todo esto se hiciera realidad.

En esa cancha esperábamos el sábado del ritual: la revancha del sábado anterior. Pero en semana y en la casa veíamos porterías en todas partes: las patas de las sillas, el muro y una piedra, dos piedras; el primer gol lo hicimos por entre dos piedras que demarcaban un límite y un sinfín. Aunque también hicimos goles entre dos materas, dos cojines o dos frascos. La casa es el primer estadio que habitamos, es la cancha primigenia. Y cuando no había pelota un par de medias, un cartón arrugado o un trapo se convertía, mágicamente, en balón. Pico y monto para escoger a los jugadores y a(r)mar la portería. A los más niños nos “rifaban” de últimos,

pero nos dejaban jugar. A la cancha acudían cada sábado: Patillas, Chichimoco, Clavelito, Grillo, Negro, Bugío, Malafacha, Caníbal, Manchívoro, Pastelito, Plancho, Ñato, Juanmalo, Pelusa, Javirodas, Patisucio, Pepe, Tarzán, Pote, Tadoo, Colacho y El Mono. El desafío del sábado “eterno” lo jugábamos toda la mañana, toda la tarde y parte de la noche. Pero olía a muerte, a sangre, a chunchurria. En esos cotejos humanos nos bautizaron con esos apodos; era la segunda familia, la segunda casa, la segunda vida, la segunda religión: el fútbol, esa mentira que ficcionamos para alimentar el alma desolada y angustiada de las tardes que anunciaban guerras y muertes. Por eso ingresó la palabra duelo al fútbol, y, lo peor, se quedó en el lenguaje de los periodistas deportivos: “partido de vida o muerte”. Paradojas de la condición humana. No había himnos ni escudos ni colores ni..., solo apodos contra otros apodos que se tomaban la calle o la cancha para rendir tributo a ese fenómeno extraño que alguien se inventó para acelerar el corazón cada vez que el balón pasaba la raya de meta. Encuentro de olores pútridos, nefastos, que lograron que hubiera un reto social. No había árbitros ni tarjetas, solo entusiasmo y alegría por el triunfo o tristeza por la derrota, pero para eso estaba la posibilidad del desquite al sábado siguiente (cuando se juega al fútbol uno se cree infinito).

Sulfácidos contrató policías para que custodiaran los muros, pero ellos mismos eran las primeras víctimas de esta peste ambiental. El cura también jugaba fútbol, jugaba cartas en las huelgas de Hilanderías y de vez en cuando iba a misa, sin embargo, la prioridad para él era que esta empresa fuera expulsada del barrio porque era una plaga sin control estatal.

En 1976, un año después de reyertas, trifulcas y demandas en contra de Sulfácidos S. A., el “Kinder” de Zubeldía terminó como campeón del torneo. Era mi se-

gundo título como hincha del “Verde, Verde que te quiero Verde”. El equipo de Jorge Olmedo, Miguel Ángel López, Francisco Maturana, Eduardo Retat, Gerardo Moncada y Gilberto Salgado; además de Ramón César Bóveda, Iván Darío Castañeda, Eduardo Vilarete, Eduardo Raschetti y Raúl Navarro Paviato se había convertido en una gran pasión. Primero, en la narración espectacular de Jorge Eliécer Campuzano y las ilustraciones de Wbeimar Muñoz Ceballos. Una alineación de lujo para celebrar el 16 de diciembre de ese año. Sin embargo, paradójicamente, el 17 de diciembre aparecieron en el ambiente unos aromas que, definitivamente, no se habían sentido. Muchas personas pasaron por hospitales y clínicas porque era un olor extrañísimo. Unos decían que olía a “mil demonios”, otros, que se trataba de una “limpieza” en los tanques de la empresa. Los de más allá sostenían que olía a “humanaza”, es decir, un olor de ultratumba con cadáveres incluidos. A la semana siguiente, la Corte Suprema de Justicia, con base en el artículo 74 del decreto 2811 de 1974, en un caso sin precedentes para el país, declaró la responsabilidad civil de Sulfácidos y la obligó a salir del barrio. Fue una Navidad vivida de manera generosa. Dos noticias que se cruzaron y que sirvieron para el festejo: Nacional campeón y Sulfácidos, la empresa que se instaló en 1940, quedó por fin fuera de nuestro entorno. Celebramos en la cancha dos triunfos seguidos y lo hicimos con fútbol, con goles, con cerveza. Había motivos para celebrar hasta rabiarse. Hilanderías Medellín, la textilera vecina de Sulfácidos, interpuso una demanda por diez millones de pesos y ganó por los daños que sufrieron en máquinas, telas, hilos y otros materiales.

Han pasado muchos años y hoy recuerdo que Camilo José Cela escribió un libro que se llama *Once cuentos de fútbol*, con personajes de la vida cotidiana de la posguerra. Es un libro en el que los apodos de los jugadores,

como en el fútbol mundial, hacen homenaje a ese otro ser humano que tiene registro de nacimiento pero que fue bautizado en la calle, en la cancha, en el pantano, en el césped (donde florecen los túneles). Tuvimos múltiples jornadas épicas, tardes de gloria porque cada gol se elevaba a la categoría de cielo; aquellos sábados me recuerdan los goles de chalaca, de taquito, gafiados, las mejores gambetas, las mejores “tecniquiadas”, las más estéticas chilenas y los amargos autogoles. También tuvimos duelos porque ya no están con nosotros ni Mao ni Negro ni Caníbal ni Juanmalo ni... duelo sabe a dolor.

Hay autores que consideran que un estadio es un templo sacro y que allí se han hecho las mejores peregrinaciones populares (magia, malabares, incertidumbres, soledades, angustias, amores, agüeros y creencias). Sulfácidos se me antojaba como un lugar para destruir a cada paso. Álvaro Mutis sugiere que un estadio es un burdel de la gloria, y otros piensan que en el estadio está Dios y que por eso se reza, se ora, se canta y se brindan bendiciones. Ángel Zárraga y Argüelles, pintor y poeta mexicano, sugiere que a los seres humanos se les capta mejor donde juegan y donde rezan. Rezar y jugar es comunión silvestre: parábola y golazo. Bastan unos ejemplos para sentir lo que se siente en un estadio. El de La Bombonera es sagrado; se fundó en 1940 y fue bautizado por Ricardo Alarcón con un golazo que no se sale del corazón de sus hinchas. De ese templo se dice que no tiembla, sino que late. En ese mismo gramado hicieron su debut Di(ego) Armando Maradona en 1977 y Juan Ramón Riquelme en 1996. En esa misma casa Martín Palermo gritó 125 goles, 125 himnos, 125 evangelios. Por su parte, el Maracanã se fundó en 1950 como un homenaje al pájaro que tiene este nombre y que habita en estos contextos brasileños (*Primolius maracana*). Allí se confirmaron

jugadores como Pelé, Rivelino, Eusebio, Zico, Tostao, Sócrates y Garrincha (el otro pájaro). Pero si hacemos la lista de estadios sagrados es menester decir, como sostiene Eduardo Galeano, que en Brasil, por ejemplo, hay más canchas de fútbol que iglesias. ¿Otros estadios sagrados? Defensores del Chaco, Atanasio Girardot, Hernando Siles, Azteca y Juan Domingo Perón, entre otros miles. Sitios tatuados de historia religiosa, militar, política y humana. Nacemos, jugamos fútbol y después rezamos. Por eso recuerdo tanto la cancha de Campoamor, ese espacio en el que nos formaron el carácter y nos narramos cuando estábamos niños. Los domingos, después de misa, todos hacíamos peregrinación para ver los clásicos barriales entre Golars y Universitarios. Independiente y Bilbao. Allí expresamos nuestros mejores piropos con el balón. De Sulfácidos a la cancha, de la cancha a la iglesia y el padre Óscar con sus arengas contra ese demonio de malos olores. Hubo múltiples encuentros que salían de Jesús Obrero hasta Sulfácidos, con velas prendidas para espantar los malos olores. Era una peregrinación que, casi siempre, terminaba en la cancha de Campoamor.

Recuerdo con nostalgia el día que jugué mi primer partido oficial de fútbol en la cancha de Campoamor. Hoy ya no recuerdo por qué mi equipo se llamaba así: “Tupamaros”. Tal vez por el nombre de una orquesta musical que estaba de moda en esa época y nos ponía a bailar en las festividades decembrinas (*Todo el mundo necesita un beso...*). O, tal vez, aludía a un grupo guerrillero en Uruguay que se extendió por todo el continente americano, pero no voy a hablar de este tema por cuanto, seguramente, será un referente para otro texto. Tengo nostalgia de esa época porque, a propósito de la muerte de Eduardo Galeano, he recuperado unas imágenes cinematográficas sobre el primer uniforme. El partido

era el domingo, pero nos lo entregaron desde el jueves y solo era la camiseta, no había dinero para lo demás y este “uniforme” era ya motivo de alegría, de miedos, de sinsabores, de presentimientos. Debutar contra un equipo que se llamaba Estrella Roja implicaba un acontecimiento que no se olvidará jamás. Todavía tengo el carné que me identifica como integrante de Tupamaros, ¡cómo pasa el tiempo!, realmente no dormí durante dos días, hice goles mentales de cabeza, de chilena, olímpico, en fin... tener el número 11 en la espalda me hacía sentir inmenso. Pero nos daba miedo ir a la cancha porque hasta allá nos perseguían los malos olores. Era imposible guardar la camiseta porque a todos los rincones de la casa llegaban, incluso, acompañados con unos hilillos que se metían entre las hendijas de puertas y ventanas. Sulfácidos nos perseguía hasta dentro de las cobijas. El día del estrén no jugué, no me pusieron, estaba “condenado” a la banca, creía yo, pero después sí tuve opciones de jugar en varios equipos: Palmeiras, Estrella Roja, La 58, Guayaquilito, Amigos del mundo. Estrenar uniforme es una experiencia similar a meter y cantar el primer gol, es una oda al sentimiento que produce pisar la gramilla de un estadio. Catalina diría que es como estrenar bicicleta antes de una competencia, Santiago que es como emprender el camino del poema, o algo así, y Gloria que es como visitar un pueblito del oriente antioqueño o sembrar una mata. Amarrarse los primeros guayos es el mejor haikú porque es tatuarse los cordones a la piel, las medias dan forma y contenido al partido y la pantaloneta deja ver que hay juego, que va a empezar el ritual. Estrenar uniforme es adquirir la otra piel, es afiliarse a una manera de ser y de estar en el mundo, es comulgar con una idea apasionante: *El gol nuestro de cada día*, ese libro de poesía que

compiló Francisco J. Uriz o, mejor, como dicen en *Los colores de la montaña*: “Más fútbol y menos clases”.

Otro domingo de fútbol, de alegría, de juego eterno, de furor, de bautizo. Otra vez nuevos olores, ya no de Sulfácidos sino de Hilanderías, Colombiana de Tabacos, Noel, los buses, los pitos, los aires. Los aires ya están lo suficientemente contaminados como para pensar que nada nos pasó. El verde de las montañas está decolorado, es un gris tenue, color de tristeza.

Hoy, cuando recuerdo mis días de infancia, aparecen unas imágenes que debo hacer explícitas para que la escritura sea un buen ejercicio de catarsis. Todavía recuerdo las bendiciones matutinas de mi mamá cuando sabía que ese fin de semana había viaje a Sulfácidos para pegar carteles. Me decía que era mejor que me fuera a jugar fútbol, que allí me veía mejor, con ese montón de goles que tenía por hacer. La otra imagen es más dolorosa y aterradora: la imagen viva de Hernán Botero Moreno, primer extraditado a Estados Unidos. Lo vi amarrado con grilletes de pies y manos, en un avión estatal. El dueño de Nacional, el dueño del Hotel Nutibara, casi de rodillas, inmovilizado, el “culpable” de traer a Nacional a Oswaldo Juan Zubeldía, el “Maestro”. Dolorosas imágenes porque él era el cómplice de la llegada de mis ídolos del fútbol al equipo de mis raíces deportivas, el equipo del que me enamoré por la calidad de los jugadores que ha traído a través de la historia y por el que viví un éxtasis cuando entré por primera vez al Atanasio. Pero, lo peor, jamás imaginé que este mismo señor era, también, “el dueño” de Sulfácidos S. A. Nunca pude cruzar en mi cabeza la unión de estos dos aspectos paradójicos en mi vida. En últimas, los malos olores democratizan. La fetidez aúna y conjunta a los espíritus. Esto pasó en nuestra

infancia y en Campoamor. Con razón dicen, todavía, que “Hernán Botero Moreno *encanceró* a Campoamor” hasta el punto en el que hoy este rincón de la ciudad tiene el apodo de Campoloco.

Volvamos al fútbol, a la vida en una cancha, a la solidaridad de los encuentros para combatir o enfrentar las injusticias y explotaciones sociales. En Campoamor jugábamos en la calle, en la manga, en la cancha, en la casa, en la terraza, en el morro, en el solar, en una baldosa, en la cama, en la silla. ¿Existe algún lugar en el que no se juegue fútbol? Pregunta extraña porque su respuesta inmediata parece obvia: “No existe un rincón en el mundo donde no se practique el deporte más popular”. Respuesta, repito, inmediata, pero no acertada. Así como existen “agelastas”, es decir, seres humanos que no se ríen, también hay lugares en los que el fútbol no existe como deporte. No hay condiciones en los polos, en varias ciudades de la Antártida y alguna que otra isla. El fútbol no se puede practicar en múltiples países por los terrenos y los climas, pero sí hay jugadores de fútbol, hay vestigios de que se jugó: arquitos de hierro, pelotas desinfladas y balones maltrechos. En todas partes hay fútbol y así lo dejan entrever sus rastros. Seguramente no tienen federaciones ni selecciones nacionales, pero sí hay fútbol, hay pasión por la competencia, aunque se enfrenten dos contra dos; el fútbol se juega en la nieve, en el desierto, en el Vaticano, en las montañas, en los riscos, en las islas, en los escarpados más inhumanos y naturales. El fútbol se ha jugado en calles empinadas, en la bocacalle, en la quebrada y hasta en el río. Si en el principio fue el juego, también hay fútbol fútbol, fútbol playa, fútbol sala, futbolito, fútbol para discapacitados, fútbol tenis, futbolín, fútbol de sala; fútbol en los colegios, fútbol para recoger fondos, fútbol femenino, fútbol en los lugares más

recónditos del universo. Siempre quedan rastros de que hubo partiditos: dos palitos, dos maletines, dos piedras, dos tarros, dos palos de escoba. Los arcos se pintan y se despintan, pero quedan trazos. Fútbol en los geriátricos, en los manicomios, en los nosocomios, en los leprosa-rios, en las cárceles. Fútbol para dirimir conflictos armados, entre barras, entre cuadras, entre bandos militares. Donde no hay fútbol hay tristeza, soledad y días eternos. Fútbol en todos los continentes. Pico y monto, escoger el equipo y que ruede el balón. Para chutar basta un tarro, un paquete de confites, un envase de gaseosa. Chutar una tapita hasta la casa, aunque se vaya a la alcantarilla, chutar una naranja podrida, un limón, una papa, así como se chutan las rabias, los malos olores, las empresas-chimeneas, las alegrías, las soledades y los amores idos. El primer beso se celebra tirando el balón hasta lo más alto que se pueda o contra el muro hasta que estalle alguno de los dos. El fútbol es vida, es un cántico a la esperanza de lo impensado. Sulfácidos siempre fue un pretexto para jugar más y con rabia, era el mejor motivo de jugar para ganar. Jugar fútbol fue el mejor atenuante para desterrar los malos olores.

Jugar fútbol es vida porque cuando se “domina el útil” se domina a sí mismo, al otro y al mundo y el balón ya no rebota como loco: hacer la 31, la 101, tirar el balón al cielo para que Dios, el azar o las nubes, con sus mágicas figuras, lo acaricien, lo devuelvan convertido en aleluya, en poema o en mudez. Quien domina el balón ya no estará solo porque “la pecosa” es una buena compañía, tirarla hacia arriba es un gesto extraño porque siempre caerá, la esperamos, la sabemos de vuelta, pero hay que buscarla, hay que ir a su encuentro. Jugar fútbol es llegar al lenguaje. Las primeras palabras aprendidas –sin cartillas– son teta, mamá y gol. Once letras que pulen

el carácter y dan forma(ción). Once letras que arropan y alimentan el espíritu. Jugar fútbol es vida porque es gratuito y lo practican los seres humanos, aunque tengan limitaciones. Jugar fútbol es vida porque es un arte en el que nadie quiere perder, nadie se quiere ir, nadie quiere que lo interrumpan. En el ejercicio de chutar habitamos el odio, el amor, la locura, la cordura, la vida y la muerte. Allí donde hay fútbol afloran la risa y las lágrimas. Chutar es un verbo, pero parece un adjetivo porque en cada chutada se nos van los amigos, el tiempo, los recuerdos, los amores, la vida. Cada chutada es como saltar en la golosa que dibujó Cortázar para alcanzar el cielo que cada uno ha imaginado. Nacimos con el balón, nos enseñan a caminar con balón, nos educan para que escribamos balón, aunque después nos digan que “ya no más fútbol en esta casa por amor a Dios”. Pedir teta es pedir mamá y pedir gol es pedir balón. Una comunión ética, estética y cosmética con la gratitud. Gracias madres porque nos dieron el valor de inventar, nos alimentaron, nos dieron gol como hostia, como espinaca, como vitamina, pero, además, nos dieron la posibilidad de ver a los virtuosos con el balón. Hay fútbol hasta en Tuvalu, Nauru, Tonga y Vanuatu, lugares que difícilmente vemos en los mapas. Allí, aunque no haya teta, hay balón, gol y arquitos construidos amorosamente por madres a las que les han metido muchos goles. El balón tiene alma femenina, por eso jugar fútbol es vida, es canción de iniciación, es ritual de conjuro, es conseguir un amigo, aunque sea imaginario. No hay niños tristes cuando juegan fútbol. Nacer es llegar al fútbol y a las primeras once letras: teta, mamá, gol. Sulfácidos ya no está, el fútbol sí. Campoamor tiene tatuado un balón porque con él conquistó sus mejores gestas.



Juan Carlos Rodas Montoya

Licenciado en Filosofía y Letras. Especialista en Literatura: Producción de Textos e Hipertextos. Magíster en Educación. Actualmente dicta un curso que se llama Fútbol y Literatura. Es jefe de la Editorial UPB. Tiene tres obras escritas: *Rostros g(d)ramáticos*, *Ni cró Ni cas* y *El fútbol, esa metáfora*.

Una alcaldada prostituyente

Reinaldo Spitaletta

*Memoria del decreto que convirtió un barrio obrero
en una zona única de tolerancia*

En la década de los cuarenta, del siglo pasado, había en Medellín, autorizadas por el Municipio, nueve zonas de tolerancia, entre las que sobresalían el barrio Lovaina (nombre de una calle, la 71, que le otorgó patente a todo un territorio, antes conocido como barrio Pérez Triana), algunos sectores de Guayaquil como La Guaira y La Bayadera, el Fundungo (en inmediaciones de El Bosque de la Independencia), La Palma y Las Camelias. Unas estaban destinadas a clientela de la *high* y otras a obreros, artesanos y estudiantes. Había una clasificación social, por estratos, del ejercicio de la prostitución.

La Iglesia y los sectores más conservadores de la ciudad, aterrados por la inmoralidad pública, la exhibición pecaminosa de las “mujeres de vida airada”, los escándalos y la relajación de las “buenas costumbres”, anunciaron casi en un coro apocalíptico y con tonalidades de voces brotadas del infierno, que Medellín era una sucursal de Sodoma y Gomorra. La ciudad industrial, la de las cacha-



rrerías y comercios, la de la enorme Plaza de Mercado de Cisneros, la que echaba humo por chimeneas y tenía tranvía, había entrado en los terrenos cenagosos de la perdición y la lujuria desenfrenada.

Se editorializaba en periódicos como *El Colombiano*, *El Correo*, *La Defensa*, *El Obrero Católico* y otros, acerca de la situación de descarriamiento de la sociedad, de la pérdida de valores cristianos, del desorden de los sentidos, y se clamaba entonces que las zonas de tolerancia debían alejarse del centro de la ciudad. Primero, había que crear en el imaginario social y en la conciencia popular la necesidad de medidas coercitivas y de otra índole que permitieran una suerte de “limpieza” de aquellos lugares de escándalo y salacidad, tal como se calificaban al uso.

En el ambiente citadino comenzó a flotar la idea de traslado de las “turbulentas” zonas de tolerancia hacia la periferia como una solución, según se decía, al deterioro de vastos sectores donde habitaban “gentes de bien”. Junto al barrio de la élite, Prado, se había erigido, incluso en sus orígenes, antes de que este se levantara como una réplica de la “ciudad-jardín” para vivienda de la encoquetada clase alta, la zona de burdeles más importante de Medellín, alrededor del “cementerio de los ricos”, el San Pedro. Desde antes de 1926 (cuando se fundó Prado) ya Lovaina era una espacialidad para el comercio sexual en lujosas casas de lenocinio.

Y al no poderse prescindir de las zonas de tolerancia, como era el deseo de los católicos en su cruzada moralizante, al menos, como un premio de consolación, había que concentrarlas en algún lugar apartado. Y entonces, en 1951, el alcalde Luis Peláez Restrepo (que era de los accionistas de Calcetines Pepalfa), junto con su secretario de gobierno, Alfonso Restrepo Moreno, quienes

venían buscando dicho lugar con otras “personas de espíritu cristiano y de conocimiento en la materia”, como lo señaló *El Colombiano*, expidieron, en septiembre 27, el decreto 517. El sitio “premiado” con el traslado de centenas de prostitutas, proxenetes, chulos y demás personal de lupanares fue el Barrio Antioquia.

Situado al sur de la ciudad, vecino del campo de aviación Olaya Herrera (antes denominado Las Playas), y por aquellos días con una sola entrada y salida, el barrio estaba habitado por artesanos, obreros, amas de casa, gentes sencillas y laboriosas (muchos de ellos inmigrantes del suroeste y el occidente de Antioquia); algunos trabajaban allí mismo en empresas como Medias Cristal o Calcetería Victoria. Tenía escuelas y una capilla. También para aquellas calendas hospedaba bares, casi todos de tango y con traganíquel, y representaba la unión de dos sectores: Barrio Fundadores y Barrio Antioquia, que luego, durante el conflicto que estallaría por la emisión del decreto, se denominaría Barrios Unidos.

De todas las zonas de tolerancia, de las cuales también se beneficiaba el tesoro municipal con el cobro de impuestos de rentas, licores, música nocturna y juegos de azar, de súbito, y en una medida que fue calificada de arbitraria, no solo por los habitantes del Barrio Antioquia y Fundadores, sino por un amplio sector de ciudadanos de otros sectores, las “volquetadas” de mujeres públicas se vaciaron en aquella geografía desventurada. El decreto, expedido el 27 de septiembre, entró en vigor de inmediato.

“Los habitantes del Barrio Antioquia tienen razón en oponerse al despojo de que son víctimas y defender sus hogares contra la desmoralizadora presencia de mujeres de vida alegre. Hubiera el municipio estudiado mejor su

decisión”, declaró en un editorial el diario *El Colombiano* el 28 de septiembre de aquel año. Los habitantes organizaron la resistencia. De inmediato convocaron, mediante distintas organizaciones como el centro cívico y la parroquia La Santísima Trinidad, la denominada Marcha de la Angustia. La manifestación, en la que participaban niños y adultos, con banderas negras en las que se leía una divisa: “Defendamos nuestros hogares”, no pudo, sin embargo, moverse hasta el centro de la ciudad. El estado de sitio lo prohibía. Destacamentos de policías, con bayonetas, revólveres y fusiles impidieron, a la entrada del barrio, que la demostración popular se realizara.

Al no poder caminar hasta la Gobernación de Antioquia y la Alcaldía de Medellín, los marchantes se concentraron en el barrio y agitaron consignas, además de oraciones. El alcalde Restrepo, al que el imaginario popular bautizó después como el “Virgomaestre”, expresó ese mismo día que se “cumple el decreto 517 o me retiro de la Alcaldía”. Ya había implantado, en auténtica alcaldada, la zona única de tolerancia de Medellín en el Barrio Antioquia.

Mientras a los habitantes del barrio en cuestión los invadieron de una vez (como una asonada) las prostitutas y sus “apoderados”, a las meretrices el decreto les otorgó un plazo de hasta cuarenta y cinco días para desocupar las residencias y burdeles que tenían en las nueve zonas antes autorizadas. El barrio sufrió la alteración de su vida cotidiana y sus dinámicas internas. Se afectaron el trabajo, el estudio, la convivencia. A partir de las doce de la noche comenzaban los escándalos porque a esa hora aparecían las hordas de buscadores de fiesta y diversión, expulsados por la policía de las cantinas y prostíbulos tradicionales en otros lugares de la ciudad.

El barrio, antes de apacibilidades y de una que otra rencilla, se trastocó en una suerte de infierno. Los prostíbulos, que se mezclaron con las casas de familia, tenían una señal de identificación nocturna: un bombillo rojo; o según el número de puertas que tuvieran (había hasta de cuatro), de a bombillito de ese color en cada una. Hubo “enviados especiales” de los dueños de los antiguos burdeles que, en las noches, ponían en las “casas decentes” el foco rojo con el objeto de que la clientela golpeará la puerta, como una manera de presión y chantaje para que los habitantes desocuparan o vendieran la propiedad a menos precio.

Al barrio, por aquellos días de descuadernamiento y desbarajuste social, se le comenzó a llamar Corea, en referencia a la guerra en la que Colombia y el gobierno de Laureano Gómez participaban, como parte de su sometimiento a los Estados Unidos, con el llamado Batallón Colombia. A las prostitutas de la zona se les denominó las coreanas.

Los Códigos de Policía de 1896, 1914 y 1919, y algunas otras disposiciones municipales de los años veinte y treinta, en las que influyeron los obispos católicos y concejales conservadores, contemplaron que las casas de lenocinio ubicadas en las zonas de tolerancia no se podían establecer a menos de 160 metros de distancia de escuelas, puestos de salud, templos y fábricas. La montonera que arribó al Barrio Antioquia hacía imposible el cumplimiento de estas normas. Las dos escuelas que había en el sector tuvieron que pasarse a otros barrios, con el consiguiente perjuicio para más de mil niños escolares.

El flagrante atropello oficial contra el Barrio Antioquia dividió la opinión ciudadana y, a su vez, promovió la protesta y participación no solo de los afectados directos,

sino de otras partes. La norma hizo que amplios sectores de la población se manifestaran contra el Gobierno Municipal, mientras que otro grupo se puso a favor de la decisión de la Alcaldía. El debate encontró voceros en la Iglesia católica, el magisterio, la policía, las juntas cívicas, las academias de medicina, los periódicos, los abogados, las mujeres y hasta los niños, quienes se vieron afectados por la suspensión de las escuelas.

En septiembre de 1951 el Barrio Antioquia y sus alrededores contaba con 16.000 habitantes (datos obtenidos de un registro de la Parroquia de la Santísima Trinidad). Su mundo de relativa calma se alteró a partir de la expedición del decreto. Las familias tradicionales del barrio, asustadas con lo que pasaba, pensaron salir “en desbandada” hacia otros sitios, y algunas lo lograron, pues vendieron o alquilaron sus casas por bajos precios a negociantes que luego las revendieron o alquilaron por el doble de su valor a los proxenetas.

La medida oficial trastocó la vida de la gente y, en simultánea, produjo nuevas maneras de la participación del ciudadano en defensa de sus intereses y contra los abusos. Hubo demandas al decreto ante el Consejo de Estado. Se dinamizaron los centros cívicos. Pese al estado de sitio declarado en todo el país, en una época en que la violencia liberal-conservadora azotaba con saña los campos colombianos, los moradores del barrio, que también recibieron la solidaridad de otros sectores, de trabajadores y estudiantes, resistieron el embate oficial.

Según diarios de la época (*El Colombiano*, *La Defensa*, *El Correo*), no habían pasado ni dos semanas cuando ya en el Barrio Antioquia había unos 200 locales dedicados a la venta de licores, apuestas y juegos de adultos. De igual forma, se registraron 195 prostíbulos, algunos de

ellos ubicados en la parte trasera de los locales que expendían bebidas alcohólicas, donde se generaban peleas y se cometían asesinatos. De nada valió la intervención del párroco Abel Díaz y del grupo de señoras más cercanas a la iglesia, porque el alcalde Luis Peláez Restrepo no modificó su decisión arbitraria.

El centro cívico del Barrio Antioquia, que concentró la protesta y organizó la Marcha de la Angustia, sufrió ataques de la policía. El decreto 517, que dividió la ciudad y la mantuvo en vilo durante varios años, fue el causante de la estigmatización y desastre social que viviría el Barrio Antioquia años después de su expedición; desde aquella invasión de prostíbulos, acompañada de expresiones delictivas y de la presencia del lumpen, no volvió a ser el mismo. Además, en la antesala de la alcaldada ya andaban por allí terribles “aplanchadores” laureanistas, como los Matías; una familia conservadora, aliada de la policía, que sembró el terror en aquel ámbito donde había buen número de liberales.

El barrio comenzó en 1951 su rodada cuesta abajo. La embriaguez de hombres y mujeres en estos sitios de “desórdenes sexuales” contrastaba en una zona donde sus moradores estaban acostumbrados a dormirse temprano. “Antes de las ocho de la noche en las calles espantaban hasta que llegó la chusma esa”, me contó hace tiempos la señora Alice Hurtado, dirigente comunal del Barrio Antioquia.

Al principio, el rechazo se produjo solo entre las familias del barrio, quienes vieron en la “alcaldada” de Peláez Restrepo una forma de perder sus casas de habitación, por las que ellos habían luchado tanto. Luego la protesta ganó fuerza y el conflicto pasó a ser de dominio público, debido a los editoriales de prensa publicados en

distintos medios, comentarios en reuniones empresariales, debates en salones parroquiales y hasta disimuladas críticas entre algunos de los funcionarios del Gobierno municipal y departamental. Fue así como los medellinenses empezaron a tocar el asunto en sus temas de conversación habitual.

Todas las capas sociales de la ciudad participaron a favor o en contra del decreto 517. Se generó un movimiento social urbano avasallador que arrastró tras de sí no solo a las mujeres de vida licenciosa, sino que afectó el lenguaje, los manuales de comportamiento, las libertades públicas, el ejercicio nefasto de la censura, la enseñanza, la salud pública, la política y, cómo no, la vida cotidiana de una ciudad conservadora y rezandera que de pronto se vio involucrada en una vorágine de acontecimientos y discusiones. Se habló de la especulación inmobiliaria y del rol de la prostitución en una aldea parroquial en la que, en un momento dado, llegó a haber tantas ramerías como obreros.

Hubo movilizaciones y marchas, expresiones de descontento, resistencia, aunque del otro lado de la moneda también hubo manifestaciones de apoyo a la medida “moralizadora”. Los medios de comunicación testimoniaron lo que estaba pasando en el Barrio Antioquia y dieron fe de la solidaridad que este complejo suceso despertó en otros barrios, en la Iglesia (que tuvo opiniones encontradas), en sus feligreses, e incluso dentro de la Administración Municipal. Por ejemplo, el Secretario de Educación, Joaquín Pérez Villa, fue una voz discordante con la expedición y aplicación del decreto 517.

En una época de violencia política nacional, que se resolvía con asesinatos y otras medidas de fuerza, las gentes del Barrio Antioquia promovieron juntas cívicas,

diálogos permanentes para resolver el conflicto, y luego, cuando vieron que el alcalde no escuchaba razones ni ruegos, demandaron el decreto. El caso llegó hasta el Consejo de Estado, pero finalmente no alcanzó a cursar trámite porque el traumático decreto se archivó a comienzos de 1953.

Un hecho fundamental que aceleró el desenlace de tan sonada polémica se materializó con el inicio del año escolar de 1952. El 31 de enero, la Alcaldía ordenó mantener cerradas las puertas de las escuelas del Barrio Antioquia para aplicar la norma de los 160 metros, y dejó sin clases a unos 1.500 niños y jóvenes. Las protestas alcanzaron el grado de escándalo, y por toda la ciudad ya no se habló de otra cosa que no fuera la difícil situación de las familias del sector.

Ante el peso de los acontecimientos, en medio de un debate generalizado que dividió la llamada opinión pública de la ciudad, la constancia y posición que ganó terreno fue la de la injusticia cometida contra una comunidad. El Virgomaestre renunció a principios de 1952, pero ya el mal estaba hecho. Pese a las demandas, a toda la interposición de recursos legales, el barrio había quedado herido de muerte.

A comienzos de 1953, la fuerza del conflicto que padecía el Barrio Antioquia condujo a la suspensión de la vigencia del decreto y a su posterior declaratoria de “archivado”, situación que alegró a muchos, pues se creyó que allí terminarían las quejas y problemas de los habitantes afectados. Pero no. Las mujeres que habían comprado viviendas para tener un “negocio sexual” no dejaron de atender a su clientela y tampoco salieron del barrio. Ya eran propietarias de sus locales y no iban a perderlos así no más. Los malhadados sujetos que eran

compañeros sentimentales de las “damiselas” o sus protectores a sueldo tampoco se fueron y siguieron sus cursos de pillaje por toda la ciudad, y establecieron como madriguera el barrio.

Las familias decentes del barrio, así como los sacerdotes (como el padre Mario Morales) y sus ayudantes, se mostraban preocupados por la fama terrible que había adquirido el lugar y decidieron tomar una medida: la de cambiarle el nombre al sector, pues les pareció que con ponerlo Barrio Trinidad, como lo citan Humberto Bronx y Javier Piedrahita en *Historia de la Arquidiócesis de Medellín* (1996, p. 111), se iban a eliminar los “pecados” de aquel decreto que desbarajustó a toda una sociedad y le cambió sus costumbres.

No valió el conjuro. La Trinidad no obró milagros. El caldo de cultivo de la delincuencia ya estaba cocinado. Y el barrio, más adelante, se erigió como un foco de conflictos de orden público y otros desmanes. A mediados de los cincuenta arribaron “cosquilleros” (carteristas de gran habilidad), apartamenteros, vividores varios, estafadores, traficantes de marihuana; y después, en los sesenta y setenta, las “mulas” transportadoras de estupefacientes a Estados Unidos.

Los bombillitos rojos de los burdeles del principio, los lupanares trasladados allí por una sociedad de doble moral, afectaron al barrio. Igual la criminalidad que llegó a imponer su ley en las noches de farra y pernicia. Y así, incluida la “dulce toma” (escopolamina o burundanga) que se daba a ciertos clientes, se tejió una mortaja para el barrio obrero y de artesanos en aquellos años en que un alcalde le decretó la “pena de muerte” a la relativa tranquilidad y laboriosidad de los habitantes del Barrio Antioquia.

Las familias que se quedaron se agruparon para defenderse y, de paso, dejaron un mensaje de vida a las generaciones que les siguieron: “A pesar de la adversidad, hemos sobrevivido y podemos sacar adelante nuestros proyectos comunitarios”, como me lo dijo hace varios años el entonces presidente de la Junta de Acción Comunal, Ólmer Múnera Cardona, al recordar que la unión ha sido fundamental para salir del señalamiento colectivo.

Uno de los conflictos más intensos y sonados del siglo xx en Medellín, el suscitado por una alcaldada descomunal, por un ingente desafuero, se ha erigido en la historia de la ciudad como un incentivador de la participación ciudadana en la reflexión, discusión y movilización social. Un paradigma de la resistencia popular y de la repulsa masiva por vías civilizadas. Aquel baldón que cayó sobre el barrio, la estigmatización posterior, no ha sido óbice para el desarrollo comunitario y la lucha por la dignidad, pese a los desamparos y la indiferencia oficial.

Dadas aquella atroz alcaldada y sus desestabilizadoras secuelas, el Barrio Antioquia es una traza de resiliencia social y de defensa del territorio y la vida en comunidad. Con todo, el fantasma del decreto 517 de 1951 continúa recorriendo la ciudad.



Reinaldo Spitaletta

Nació en Bello, Antioquia, en los tiempos de la dictadura tragicómica de Rojas Pinilla. Jugó al fútbol en potreros, mangas, calles y patios de escuela. Se bachilleró en el Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (Icfes) y es Comunicador social-periodista de la Universidad de Antioquia. Estudió Historia en la Nacional y se convirtió en reportero, primero de huelgas y lides sindicales y después de barrios, procesos culturales, artistas y algunas masacres del paramilitarismo. Escribe reportajes, crónicas, ensayos, cuentos, novelas y columnas de opinión. O revolturas de esos géneros.

En su casa de infancia siempre hubo una Scheherazade, y con su compañera acostumbra leer en voz alta *El conde de Montecristo*, *El Quijote*, Shakespeare, *Los miserables*,

Madame Bovary y escritores rusos entre otras festividades literarias. Su gusto por la música (clásica y popular) tiene manifestaciones sectarias con Piazzolla y Goyeneche, a los que considera las máximas expresiones del tango. Su capacidad de sufrimiento se ha perfeccionado por ser hincha del DIM.

Es un caminante. Le gusta el vino y todavía sueña con ser un “polizón en un viaje a Venus”. A veces lagrimea con películas del neorrealismo italiano y con las canciones de Edith Piaf. Va al estadio (a misa nunca) y siente una nostalgia infinita por los extintos cines de barrio.

Es de los que cree que el barrio y la infancia son la auténtica patria. Lee en las filas y en salas de espera. Y en ocasiones sale a perseguir arreboles y nubes de papel.

Enamorémonos de Medellín

*Una propuesta para ver
la ciudad con nuevos ojos*

Verónica Villa Agudelo

*Viajar es vestirse de loco, es decir “no me importa”,
es querer regresar.
Regresar valorando lo poco, saboreando una copa,
es desear empezar*

Viajar, Gabriel Gamar

La literatura nos permite viajar a nuestro interior, pero también a lugares remotos y exóticos, reales o ficticios, que de otra forma nos sería imposible conocer. De joven recorrí la campiña inglesa gracias a las letras de Agatha Christie y *sir* Arthur Conan Doyle; viajé al centro de la tierra y de allí subí hasta la luna con Julio Verne y, junto con Alicia, caí por el agujero de conejo creado para ella por Lewis Carroll.

Mi trayectoria lectora me ha permitido también sumergirme en el Londres subterráneo imaginado por Neil Gaiman, transitar junto con arrieros antioqueños los caminos de herradura del suroeste antioqueño descritos por Memo Ánjel, saltar de un distrito parisino a otro jun-



Andrea García. Ilustradora

to con Fred Vargas, imaginarme una inusual nevada en la Barcelona de Alicia Giménez Bartlett, y hacerme una muy buena idea de la Ciudad de México que habita Paco Ignacio Taibo II.

Viajar, no solo con la mente, sino también de forma física, alimenta mi alma. Me encanta ir a diferentes lugares para conocer su cultura, caminar a su ritmo, descubrir sus colores y capturar con mi cámara lo que normalmente no percibiría con mis sentidos. Todos estos sonidos, imágenes, experiencias y sentires se convierten en la materia prima que enciende mi imaginación y me permite, a partir de la escritura, compartir la belleza que se esconde tras el caos de este mundo.

Por ello, al visitar físicamente algunos de los lugares descritos por los autores que he leído, entendí que con nuestras letras y perspectiva particular podemos cambiar la experiencia que tienen los lectores durante sus viajes. Podemos invitarlos a ver detalles que, por el contrario, no encontrarían, descubrir olores que de otra forma no intentarían percibir o notar personas que podrían pasar inadvertidas.

Pero lo más liberador y hermoso que he podido experimentar, y que ya había expuesto Fernando Pessoa en su *Libro del desasosiego* (1935), es que no necesito viajar grandes distancias, transitar convulsionados aeropuertos o cruzar el océano para descubrir esa belleza o inspiración. Solo basta mirar la ciudad en la que vivo bajo una óptica diferente para encontrar en cada rincón una historia y un lugar dignos de ser narrados.

“¿La sensación de liberación que nace de los viajes? Puedo experimentarla saliendo de Lisboa y yendo hasta Benfica, y experimentarla de un modo más profundo

que quien va de Lisboa a China, porque si la liberación no está dentro de mí, no está, para mí, en parte ninguna” (Pessoa, 1935).

Novela negra situada en Medellín

Los autores de novela negra tenemos el compromiso implícito de establecer una relación cercana con las ciudades donde se desenvuelven nuestras historias. “El realismo de la novela negra demanda, sin embargo, sitios públicos que retratar: la calle, y más ampliamente la ciudad, pues es aquí donde se encuentran la mayor parte de las contradicciones sociales del mundo actual” (Cerqueiro, s. f.).

Y es precisamente la naturaleza oscura de este género, que incluye hechos delictivos desde estafas y robos hasta asesinatos y conspiraciones, la que nos orienta a realizar descripciones crudas y sombrías que sean coherentes con los hechos narrados en nuestros relatos.

Cuando comencé a escribir mi serie de novelas policíacas quise salirme del estereotipo y narrar a Medellín, ciudad donde nací, crecí y habito, desde una óptica similar a la que uso cuando viajo a algún paraje desconocido. Observándola, como si la viera por primera vez, he logrado descubrir que esas particularidades que pueden parecernos insoportables o inaceptables, por la rutina de habitar un espacio, son, precisamente, las que la hacen única y digna de nuestro amor.

Tengo la firme convicción de que con la literatura los autores tenemos la oportunidad de convertir lo ordinario en extraordinario, y de revelar la belleza de lo aparentemente desagradable. Podemos transmutar el caos en una

sinfonía de palabras y versos para narrar sentimientos, pensamientos, miedos y esperanzas de seres humanos que ocupan otros espacios y viven diferentes realidades.

Esa es la Medellín que quiero reflejar en mis historias; esa que además de lidiar con múltiples problemas también encanta a los más de trescientos mil turistas que cada año la visitan. Así como ellos se enamoran de nuestra comida, nuestros colores, las historias de nuestros habitantes y su idiosincrasia, igualmente nosotros, como medellinenses, podemos reenamorarnos de nuestra ciudad.

La propuesta es reconocer nuestro espacio, vivir la ciudad como viajeros que descubren todo por primera vez y valorar aquello que damos por sentado.

Nuevas formas de narrar la ciudad, otro tipo de participación

Cuando la detective descendió del pequeño bus público, los colores de las paredes invadieron sus sentidos y no importaba hacia dónde mirara, los deslumbrantes grafitis y murales pintados con gran detalle cobraban vida y contaban la historia de los habitantes del lugar que habían trabajado con esmero para transformar positivamente su entorno. Figuras de animales, criaturas mitológicas, rostros de niños inocentes, y hermosas y valientes mujeres cuyas fieras miradas habían sido inmortalizadas con los vibrantes colores del aerosol, acompañaron el ascenso de Marina por la estrecha y empinada calle que desembocaba en el punto de encuentro acordado con doña Blanca (Villa, 2018, p. 150).

Esta descripción corresponde a la Comuna 13 de Medellín, específicamente la zona que abarca los barrios La

Independencia y Veinte de Julio, zona que conocí en un recorrido hecho junto con Kbala, un joven perteneciente a la Corporación La 4-13.

El Color Tour, también conocido como Grafiti Tour, es una de las tantas iniciativas que hoy por hoy existen en la ciudad y que han nacido como una forma de participación donde estos jóvenes, que habitan zonas estigmatizadas por su historia violenta, muestran a los visitantes cómo su interés se orienta al cambio, a las oportunidades, a la transformación, al arte y a la educación.

Kbala, mi guía local, es un rapero que aún se conmueve hasta las lágrimas al recordar los episodios violentos vividos en la Comuna 13, pero que ha decidido no quedarse en el pasado y proponer un nuevo enfoque para presentar los barrios que la componen.

Parados frente a las escaleras eléctricas construidas por la Administración Municipal, para facilitar la movilidad en las empinadas calles del barrio, y con el sabor de las famosas paletas de mango biche de doña Consuelo todavía fresco en nuestras bocas, Kbala se llenó de emoción al explicarme que “el turismo de alguna manera lo que permite es que se visualice un territorio, que sea conocido. Que de ese territorio se hable, se muestre y puedan salir todas esas cosas bonitas que hay dentro de ese espacio; los procesos, las personas y sus dinámicas... El turismo permite que el mundo se entere de eso”.

No sobra aclarar que el turismo al que me refiero en estas páginas no es aquel que adula el narcotráfico, ni tampoco el *slum tourism* que busca conmover al visitante con las precarias condiciones de vida de los habitantes de alguna zona de la ciudad. Las propuestas de estos colectivos se orientan al turismo comunitario o social, donde su mayor interés es resaltar la resiliencia de su población

y enaltecer los resultados de cambio logrados en su territorio gracias a la participación y trabajo en conjunto de sus habitantes.

Así lo entiende Ana Builes, propietaria y guía de Anfíbio Tours, una agencia de turismo en Medellín que diseña experiencias para visitantes extranjeros y locales: “Aquí vienen muchas personas con distintos intereses. De las diez experiencias ofrecidas [por otros agentes de turismo], seis o siete son narcotours, y son las que más han recibido *reviews* o visitas, pero también van apareciendo Comuna 13 y otras, demostrando que ya hay intereses por ver propuestas diferentes. Hay que ver qué es lo que le puede llamar más la atención al viajero, invitarlo a involucrarse en narrativas distintas para que no se concentren solo en esos aspectos, para que ese no sea el núcleo de la experiencia”.

Si me guiara únicamente por la versión que han perpetuado los medios de comunicación acerca de esta zona de la ciudad, admito que como habitante de Medellín nunca consideraría visitar la Comuna 13; pero gracias a ese impulso de querer ver mi ciudad como si fuera una viajera, tuve el privilegio de recorrer callejones y rincones donde no solo desbordaba el color y el talento de jóvenes artistas, sino también la humanidad de sus habitantes que, en lo personal, me hizo sentir que formaba parte de una Medellín más extensa de la cual simplemente conocía una versión.

Pero también debo ser honesta y confesar que, como escritora, me sobrecogió un sentimiento de culpa al pensar que de alguna manera estaba explotando su territorio para salir a contar una versión propia y amañada de mi experiencia personal. Varios autores han escrito novelas del lugar, exaltando la violencia y lucrándose de una ver-

sión de la historia que sus habitantes desean dejar atrás; pero entonces, ¿cuál es nuestra responsabilidad al narrar un territorio en el que solo participamos como visitantes?

Así se lo planteé a Kbala, quien me respondió: “¿Quieres hablar de la violencia que vivió la Comuna 13? Está bien, es que hace parte de la historia de la ciudad, y chévere que la ciudad se entere de qué pasó. Pero si vamos a hablar de la violencia que vivió la Comuna 13, sí o sí, tenemos que hablar del proceso de transformación y de lo que hoy vivimos. Una de las razones por las que hacemos los recorridos es invitar a las personas a que se pregunten qué tienen para entregar. Qué han aprendido hasta este momento que se les pueda enseñar a otros... Yo creo que lo más difícil que existe hoy en la ciudad de Medellín es la indiferencia, que permite que cosas muy tristes sucedan, pero en la Comuna 13 se vive una energía de unidad, una energía de trabajo en equipo, donde nos gusta decirle al visitante: ‘vea, esto también es suyo, ¿cómo va a participar?’... si alguien no hace nada acá, pero decide hacerlo en otro barrio o en otra comuna, ganamos... el ejercicio es que quien venga acá sienta la responsabilidad de entregar un poquito más”.

Algo similar ocurre con Moravia Tours, otra de las propuestas de turismo social que más adeptos está ganando entre los visitantes extranjeros que eligen a Medellín como destino turístico. Esta iniciativa es la primera agencia de turismo comunitario, sostenible y responsable del barrio Moravia, ubicado en la zona norte de la ciudad, y sus guías son líderes comunitarios que han participado de primera mano en la transformación de su territorio.

Este tour, que dura tres horas y comienza en la Estación Caribe del Metro de Medellín, lleva al viajero por un recorrido que comienza con la vista panorámica de un hermo-

so jardín en cuya base yace el antiguo morro de basuras de la ciudad, pasando por el centro de desarrollo en donde se dan espacios de intercambio y diálogo, jardines infantiles y proyectos de cooperación como las escaleras Oasis Tropical, una iniciativa en la cual los habitantes, junto con algunas instituciones locales e internacionales, reconstruyeron un trayecto de escaleras que les permitió mejorar la movilidad en el barrio y conectar a la comunidad.

Pero además de reconocer los cambios locativos y de infraestructura del barrio, este recorrido lleva al visitante por una narración en la que se presenta la particular historia de la zona y que permite entender, a partir de hechos, cómo la transformación y el trabajo comunitario de sus habitantes hace de esta población un ejemplo de empoderamiento y fortaleza para la ciudad.

Cuando le planteé a Ángela Holguín, una de las líderes de la propuesta Moravia Tours, mi opinión de que a veces los extranjeros pueden llevarse una imagen más positiva de la ciudad en contraste con quienes habitamos Medellín, ella me respondió: “es importante que, por cultura general, todos los ciudadanos conozcamos la historia de transformación de nuestros territorios y que aportemos y apoyemos y valoremos el turismo. Proponemos un turismo que puede servir de referente para otros territorios, y Moravia, actualmente, tiene una historia de transformación y de resiliencia muy importante para la ciudad”.

Su afirmación trajo a mi mente la tendencia que tenemos los seres humanos de interesarnos por aquello cercano a nuestra realidad; cómo cuidamos con mayor pasión aquello que amamos y conocemos. Lo mismo nos pasa con la ciudad. Aunque todos habitamos un mismo

territorio nuestros intereses y acciones abarcan los entornos más cercanos, y de ahí el valor que tienen estas propuestas de turismo social, que nos facilitan conocer entornos alejados a nuestras rutinas y nos permiten que, como ciudadanos, nos sensibilicemos al conocer las historias, necesidades, realidades, anhelos y logros de otras personas, como nosotros, que también habitan Medellín.

Ana Builes lo tuvo claro cuando le pregunté por su papel como ciudadana y sus formas de participación en un territorio: “No podés hacer que este mundo sea de una manera distinta si no hay una empatía y no entends de dónde viene el otro y cuáles son las necesidades que tiene. La única forma de que vos comprendás algo es estando en contacto con eso, desmitificando muchas cosas también”.

Participación y apropiación

Quisiera poder afirmar que mi idea de recorrer la ciudad como una turista es original y única en la ciudad, pero me alegró inmensamente conocer que otras instituciones, como el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, dentro de su programa Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad, también está planteando propuestas que nos invitan, como ciudadanos, a apropiarnos de nuestros espacios de una manera diferente; en este caso, a partir de tres expediciones propuestas por la institución en su *Pasaporte: expediciones en una ciudad lectora*: “Te invitamos a sentir la ciudad, a leerla desde sus sonidos, sus plazas, sus calles y, por supuesto, desde las letras que narran sus historias [...] invocar la capacidad de asombro propia de los turistas, en medio de estas

vertiginosas calles” (Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, 2019).

Son precisamente este tipo de propuestas las que pueden apalancar iniciativas de participación ciudadana nacidas de colectivos y grupos comunales de los barrios donde se están promoviendo planes de turismo comunitario, porque como en toda relación, en esta de los ciudadanos y la ciudad, la reciprocidad también es necesaria.

Y hablando de reciprocidad, a medida que las opciones de turismo social crecen, con propuestas para conocer los cultivos de café en el barrio La Sierra, hacer un circuito gastronómico en el tranvía, visitar las casas tangueras de Manrique o recorrer los barrios como colectivos de ciclistas, se hace una invitación a que actuemos como turistas en nuestra propia ciudad y acudamos a estos espacios con el respeto que merecen, preferiblemente acompañados por los guías locales que enriquecen la visita con sus experiencias particulares y establecen límites sanos donde podemos interactuar sin minar el equilibrio de la población.

Con las reglas de juego claras, las opciones marcadas en el mapa y el espíritu listo para participar de manera diferente con nuestra ciudad, la invitación es que miremos a Medellín con nuevos ojos, que entendamos que la ciudad en la que vivimos es ilimitada y que en todos sus rincones hay seres humanos que sienten, anhelan, sueñan y aman, independientemente de su edad, cultura, raza o estrato social. Todos somos uno y formamos parte de un universo más grande que las cuatro paredes que nos rodean. Al enamorarnos nuevamente de Medellín podremos reconectarnos con su esencia, participar en su crecimiento, cuidarla, quererla y, comunitariamente, construir el espacio que todos anhelamos habitar.

Trabajos citados

- Cerqueiro, D. (s. f.). Sobre la novela policíaca. Ángulo Recto. Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural. Recuperado de <https://webs.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen02-1/varia01.htm>
- Pessoa, F. (2006). *Libro del desasosiego*. Barcelona: Acantilado.
- Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín (2019). *Pasaporte: expediciones en una ciudad lectora*. Medellín: Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín.
- Villa, V. (2018). *Marina y un caso en el aire*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.



Verónica Villa Agudelo

Una apasionada por los viajes, la fotografía y la escritura. Es Comunicadora Social y Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. En el año 2000, recién graduada de su carrera, trabajó como realizadora y directora del programa de televisión *Actos y Decisiones* de la Asamblea Departamental de Antioquia. Después decidió estudiar inglés y escritura audiovisual en Inglaterra, tierra de Agatha Christie, una de sus autoras favoritas. A su llegada a Colombia, en 2002, se desempeñó como realizadora audiovisual en una productora privada. Y en el año 2007 ingresó a la UPB. Durante once años trabajó en la creación de materiales didácticos para la enseñanza y la formación de docentes en el uso de las TIC

–Tecnologías de la información y la comunicación– para la educación. En el año 2014, al cursar con Memo Ángel los talleres de escritura literaria y novela negra, se conectó con la escritura, y desde 2018 decidió soñar personajes, imaginar historias y buscar excusas para escribir. En 2017 publicó su primera novela *Marina y el caso de Plata*, en la colección “Policías y Bandidos” de la Editorial UPB. Es una de las pocas mujeres que escribe novela policíaca en Colombia. En 2018 lanzó su segundo libro, *Marina y un caso en el aire*, y en 2019 publicará la tercera entrega de la serie titulada *Marina y un caso abismal*, además de un guion para un filme animado que será producido en el Reino Unido.

Arte y compromiso en Barbacoas

Saúl Álvarez Lara

Tres palabras en apariencia sin relación entre ellas son el hilo conductor de esta crónica de integración y participación.

Un nombre de mujer: Teresita; la denominación de un mito: Barbacoas; un sustantivo convertido a nombre en el plural: Divas

Teresita

Teresita Rivera nació en Yolombó. Llegó a Medellín muy joven poco después de la muerte de su madre, Sofía Ceballos. Quizás en ese momento, por herencia familiar, Teresita sabía ya que su vida circularía por los senderos del arte, la música, las artes plásticas. Sofía, su madre, era dueña de una voz que según los entendidos Yma Sumac, la soprano peruana, hubiera envidiado. Pero Sofía era desconocida. En una ocasión tuvo la oportunidad de cantar con la compañía de ópera de Jaime Santamaría; la soprano estrella enfermó y Sofía la reemplazó. Después de aquella presentación el director solicitó a la madre de Sofía que le permitiera viajar a Medellín para que cantara en su compañía. La madre autorizó el viaje pero acompañada por Raúl, su hermano barítono con quien



Sebastián Bedoya. Ilustrador

cantaba a dúo. Poco tiempo después Sofía regresó a Yolombó porque su madre no la dejaba estar más en Medellín. A partir de ese momento, dice Teresita, mi mamá se volvió una rebelde con causa. Sofía Ceballos cantó toda su vida, muchas veces la escucharon *a cappella* en la plaza principal de Yolombó cuando cantaba “El amor es un ave rebelde” un aria de *Carmen*, la ópera de Georges Bizet. Por la familia de su madre Teresita heredó el gusto musical; sus tíos, músicos y cantantes, se reunían con frecuencia a interpretar sus propias composiciones. Por la familia de su padre heredó la afición a la lectura, a los libros y sobre todo a los libros de arte que le dieron a conocer los grandes maestros y sus obras. Su padre, Enrique Rivera, sobrevivió veinte años a Sofía. Cuando Teresita vino a vivir a Medellín, en 1981, su madre y abuela habían muerto y se alojó en casa de las tías paternas. En ese momento quería ser trabajadora social. En 1982 se presentó a la Universidad de Antioquia y pasó, pero la universidad estuvo cerrada todo el año. La herencia rebelde de su madre había hecho mella, era impensable quedarse todo un año sin hacer nada esperando que el cierre terminara, entonces se presentó a Psicología Educativa en el Centro de Investigación y Planeamiento Administrativo (CEIPA) –hoy, Fundación Universitaria CEIPA–. Iba por la mitad de la carrera cuando el Icfes le cambió el pensum al CEIPA y en lugar de Psicología Educativa Teresita hizo una Licenciatura en Educación que le permitió estudiar las dificultades del aprendizaje escolar y terminó siendo maestra. Sin embargo, un vacío sentido en su formación la obligó a continuar sus estudios. En la misma universidad hizo una especialización en Gerencia Educativa y en otra un diplomado en Gestión de Proyectos. A partir de ese momento, corría

el año 1998, empezó a incursionar en proyectos. Con un grupo de profesores trabajó en temas como las dificultades escolares de los niños, con el objeto de mejorar su rendimiento académico. Creó y dirigió su propio Consultorio Psicopedagógico. Trabajó en la Universidad Cooperativa y en el CEIPA en la formación de maestros en el departamento hasta que salió la Ley General de Educación, que acabó con los cursos del escalafón docente; sin embargo, siguió dictando clase en áreas de pregrado y posgrado en facultades de educación de otras universidades de la ciudad. A pesar de que nunca pensé que me dedicaría a la educación, dice como si un recuerdo imborrable atravesara su memoria, en una ocasión orienté una cátedra muy bella, “Constructivismo y proceso lectoescrito”, que trabaja un enfoque metodológico para comprender por qué el aprendizaje debe ser en contexto. No es posible enseñar a un niño a leer “mi mamá me mima o mi papá me ama” cuando no hay papá y tampoco hay casa. Esa cátedra fue el inicio de todo.

Teresita Rivera es menuda y enérgica, como la describió acertadamente una periodista. Habla con convicción y considera a sus interlocutores desde la montura roja de sus gafas. Fue entonces, continúa, cuando decidí retirarme de la universidad para fundar con un grupo de amigos y colaboradores, en distintas disciplinas sociales, la Corporación Ítaca, escrito con “c”, sin ánimo de lucro y con un objeto social claro: desarrollar proyectos, participar en convocatorias, hacer convenios interinstitucionales a partir de proyectos, realizar proyectos educativos y culturales, asesorar trabajos de investigación y de grado, y dirigir proyectos culturales en comunas de la ciudad y en municipios como Yolombó, donde realizamos la formulación del proyecto de restauración del órgano de

la iglesia que tiene cerca de cien años, a cuyos acordes cantaron mi madre, mi abuela y algunas primas.

Con la Corporación Ítaca realizaron el Primer Festival de Bandas Sinfónicas Carlos Vieco Ortiz, y orientaron la formulación y ejecución del proyecto: “El teatro como estrategia pedagógica de aprendizaje”, ganador del Premio Colegio de Innovación; además, implementaron otros procesos pedagógicos en el marco del Festival de Teatro que lleva treinta años en Yolombó.

Llevamos un buen rato conversando, en ocasiones interrumpidos por el ruido de las voces o de los motores que pasan cerca, cuando le pregunto: “¿qué se necesita para ser gestor cultural?” Lo piensa y responde con la convicción de siempre: “es tan fácil o difícil como uno se lo proponga, se necesita una buena dosis de pasión por la cultura, por sus expresiones y la convicción de que el arte es un vehículo de transformación de la sociedad. La cultura como evento, por supuesto, pero también la cultura como referente esencial de la comunidad: sus costumbres, tradiciones e incluso su historia”; y agrega: “no fue la formación que recibí, fue la sensibilidad social que me inculcaron desde siempre lo que hizo aflorar en mí el deseo de hacer esa cosa diferente que no me dio la universidad pero me la dio la vida. Hace más de veinte años empecé a trabajar en gestión cultural...”

Barbacoas

Jorge Alonso Zapata tiene su estudio de pintor en el tercer piso de un edificio en Cúcuta, entre La Paz y Bolivia, un edificio que, si no fuera por su presencia en él, parecería abandonado. Una tarde en su estudio le pregunté cómo había conocido a Teresita. Sucedió una no-

che, me dijo, en la cafetería del Instituto de Bellas Artes en Ayacucho, hace por ahí quince años. Fui a tomar tinto a la cafetería con Alejandro Ríos, un amigo, y Teresita llegó porque uno de los trabajadores del Instituto le había pedido redactar una solicitud dirigida al Instituto Jesús de la Buena Esperanza para que le adjudicaran una beca a su hija. Mientras aparecía el trabajador, Teresita conversó y tomó tinto con Jorge y Alejandro. Eran las siete de la noche cuando la hija de Teresita, con quien se había quedado de ver allí, le anunció que estaba retrasada y no llegaría a la hora convenida. Comenzó a llover y el encuentro con Jorge y Alejandro se alargó. Se hicieron amigos y desde aquel día, con un grupo de conocidos comunes, se reunieron al menos una o dos veces a la semana en el restaurante Acuarimántima, cercano a Bellas Artes; en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia o en Acuarela Musical, un tertuliadero muy frecuentado por los músicos de Bellas Artes. En cada encuentro, mientras el grupo conversaba sobre los asuntos del momento, Jorge dibujaba en cualquier papel o servilleta que tuviera a la mano. Teresita y los otros le insistían que se dedicara a pintar. Su trazo y la temática que sobresalía en sus dibujos, la calle y sus personajes, tenían fuerza y el dominio de las situaciones era visible. Pasaron dos años entre el día del encuentro en la cafetería de Bellas Artes y la ejecución del primer mural en la calle Barbacoas. Dos años en los cuales Jorge se dedicó a pintar, consiguió un taller en la calle La Paz, paralela casi a Barbacoas, comenzó a recorrer el sector y a conocer a sus habitantes. Siempre salía a la calle con recortes de papel en donde dibujaba los personajes con los que se cruzaba: mendigos, recicladores, gente de la calle.

Un recuerdo lejano de la calle Barbacoas de antes de los años ochenta, dice Jorge, es el de una calle tranquila donde abundaban los laboratorios de mecánica dental. Aquel recuerdo no tenía parecido alguno con la calle Barbacoas que en el siglo XIX fue el límite norte del área urbana del Medellín de la época, llamada Barbacoas para no olvidar el mito de la camilla y el muerto embalsamado, popular en aquellos años de narraciones orales, espantos y leyendas. Con los años la calle Barbacoas fue integrada a la ciudad y por su forma de pierna fue llamada “La calle del calzoncillo” en la parte alta; y calle Barbacoas en la parte baja, desde Palacé hasta la avenida Bolívar. Para los habitantes del sector, en la primera parte del siglo XX, Barbacoas fue una calle corta con comerciantes y algunas casas de habitación hasta los primeros años ochenta, cuando el desplazamiento de sectores del antiguo Guayaquil al centro de la ciudad trajo las primeras ollas de consumo de droga, los bares de homosexuales, los inquilinatos donde las piezas se alquilan por noches porque sus habitantes se tienen que rebuscar el día en la calle para pagar la dormida.

Esa fue la calle Barbacoas que Jorge y Teresita encontraron. Aquella pintura mural fue el vínculo inicial con los habitantes del sector. Barbacoas, dice Teresita, es como un organismo vivo que obliga a mostrar las dinámicas que por allí se viven. Lo que deja ver Barbacoas desde el punto de vista social es muy bravo, las escenas son muy duras. Cuando iba, agrega, a visitar a Jorge al taller o a llevarle pinturas, me fui metiendo con las personas y conociendo las situaciones que la gente vivía en el día a día; sobre todo lo que pasaba con los niños y los pobres. Me di cuenta de la pobreza que se vive en los inquilinatos y de la enorme población infantil y juvenil que los habita.

Todo esto fue un llamado de atención para mí como persona que vive cada día el centro de la ciudad. Me convencí de que debíamos tener una mirada más propositiva sobre esas problemáticas sociales. Desde la Corporación Ítaca nos preguntamos qué podíamos hacer como profesionales, como artistas, para reunir esfuerzos que transformar esas realidades en circunstancias un poco más vivibles. Qué teníamos que hacer para ayudarlos. Mientras intentábamos imaginar cómo intervenir en el sector, un hecho, como un impulso imparable para nuestra intervención en Barbacoas, sucedió. Le pidieron a Jorge que pintara otro muro en la calle. La Navidad estaba cerca y propusimos pintar un pesebre pero con la participación de los niños. Y desde aquella ocasión, hace doce años, celebramos la Navidad con los niños de Barbacoas. Empezamos con los amigos, hacíamos natilla y buñuelos comunitarios, los papás nos ayudaban y la actividad creció. Al comienzo eran veinte o treinta niños. En la Navidad pasada repartimos regalos a ciento treinta niños de hasta doce años y como todos los diciembre, hicimos la celebración en la calle. Hemos vinculado otras organizaciones, amigos y artistas. Con la colaboración de Omar Ruiz, profesor de Bellas Artes, sus estudiantes y amigos artistas, hemos intervenido cinco murales, claro está, con la participación de la gente y los niños de la calle Barbacoas. La alegría de ellos cuando nos ven llegar con las pinturas no tiene medida. Hemos pedido colaboraciones a diferentes empresas pero es difícil; sin embargo, la intención de poner color a la calle Barbacoas con murales, desde Palacé hasta la avenida Bolívar, creados con la participación de los habitantes, la tenemos siempre presente.

Teresita es una pila de recuerdos sucedidos en los doce años que lleva participando en el día a día de la calle Bar-

bacoas. Me habla de dos prostitutas a quienes ayudaron para que estudiaran: una estudió panadería y la otra confección; ambas terminaron sus estudios y abandonaron la acera; no las vieron más por allí. Jorge dice que un día se encontró con la chica que estudió panadería y que era otra, agradecida con la vida por la oportunidad que se le presentó. Una de las pinturas de Jorge representa una chica hablando por teléfono, el espectador ve la chica de espaldas, es La Cole, una jovencita de la calle Barbacoas a quien siempre le gustó diseñar su ropa. Un día Jorge y Teresita recibieron invitaciones para la presentación de Agatha Ruiz de la Prada en el Museo de Antioquia pero Teresita no podía asistir, entonces cedieron la invitación a La Cole por su afinidad con el diseño de moda, para que conociera el trabajo de una diseñadora famosa y para que, si era posible, se tomara una foto con ella. Después de infinidad de peripecias por la cantidad de fotógrafos de prensa que rodeaban a la diseñadora, Jorge logró, con una cámara anticuada en comparación con las de los periodistas, tomar una foto de La Cole al lado de la diseñadora. Un recuerdo que ella conserva como un trofeo. La Cole estudió diseño de moda y hoy, con mayor razón, diseña su ropa...

Divas

Divas es el nombre que Miguel Gallardo, un joven colombiano que vivió cerca de veinte años en Nueva York sin venir a Medellín, dio al bar de travestis que compró a puerta cerrada en Palacé, entre Perú y la esquina de Barbacoas. Divas abrió algunos meses después de que Jorge Zapata, con la curaduría de Omar Ruiz y el apoyo de un grupo de artistas, se tomara con una exposición el

Hotel Tropical, después del incendio que arrasó el tercer piso del Hotel donde quedaba el taller de Jorge. El Tropical, famoso en los años cincuenta y sesenta porque en sus habitaciones se hospedaron reconocidos músicos del momento, dicen que Daniel Santos estuvo por allí, queda en la esquina de Palacé con Bolivia, a pocos metros de donde, meses después de la exposición, Miguel Gallardo abriría Divas en uno de los locales, hoy todos vendidos o alquilados, que hicieron parte del conocido, en los años sesenta y setenta, Teatro México. Casi seis meses después de que Miguel abriera Divas, Jorge y Omar, buscando entre los locales que pertenecieron al teatro un espacio para intervenir con un mural, se encontraron con una antigua alumna de Omar en Bellas Artes que, en su tiempo de estudiante había presentado un trabajo donde proponía la creación de espacios nuevos para el arte. Omar no esperaba verla por allí. La chica dijo que trabajaba en un bar de travestis y los invitó para que lo conocieran, vieran su trabajo y al mismo tiempo conocieran a su dueño desde hacía pocos meses, Miguel Gallardo. En el bar de travestis estaban colgadas en exposición algunas obras de la alumna de Omar. A pesar de no tener una formación en arte, Miguel, por su trabajo durante la estancia en Estados Unidos, sabía apreciarlo puesto que había estado en contacto con artistas, galerías y coleccionistas en el montaje e iluminación de exposiciones, y había propuesto a la chica montar su trabajo en Divas. En ese momento era solo el deseo de colgar algunos cuadros en el bar y en otro espacio en la parte de atrás del local. Cuando Jorge vio la exposición pensó inmediatamente en una muestra de su obra y dijo: “esto está bueno para hacer una exposición”. Miguel aceptó sin dudar.

La exposición de Jorge Zapata fue el comienzo de La Galería Divas y del contacto abierto de la comunidad gay y trans que frecuenta el sector con el arte. Sin embargo, los inicios y la participación de gays, trans y prostitutas fueron difíciles porque la sensación de que su espacio de trabajo había sido invadido por gentes que no iban a buscarlas, sino a estar en contacto con otras cosas, las preocupó. Las inquietudes no se hicieron esperar, ¿y quiénes son esos?, ¿y aquí qué está pasando? Teresita, Jorge, Omar y Miguel explicaron la razón del movimiento inesperado que estaban presenciando y que en ningún momento pretendía aislarlas o expulsarlas del lugar. La idea era que participaran. En la medida que se hicieron exposiciones, como las caricaturas de Matador, y se organizaron actividades, como los talleres de dibujo, ellas lo comprendieron y comenzaron a llevar a sus clientes y amigas a visitar las exposiciones que no han cesado desde la inauguración. Los talleres de dibujo, los sábados en la tarde, en la galería, donde travestis y prostitutas son casi siempre las modelos de los artistas, estudiantes de arte y vecinos que vienen a dibujar –al final de la sesión las modelos se llevan los dibujos que más les gustan–, tienen una asistencia en aumento. En este momento, dice Teresita, divulgadora de la gestión, la Galería Divas trabaja bajo tres conceptos: cuerpo, erotismo y territorio. Los tres motivadores esenciales para la integración con la comunidad.

“¿Todo el sector interviene en Divas?”, le pregunto a Teresita. “Sí, responde con la convicción de siempre, es lo que necesitamos lograr con los talleres de dibujo y las exposiciones”. Y para la muestra está el trabajo que presentó Juan Camilo Londoño, profesor de Bellas Artes, con sus estudiantes en el hotel frente a Divas; “Residencia

Ocasional” lo llamaron, y es un ejemplo de esa integración. Los estudiantes pagaron en el hotel el equivalente al valor de una hora de residencia ocasional y durante ese tiempo chicas trans y prostitutas pintaron o intervinieron espacios y objetos. Todo el proceso fue grabado en videos por los estudiantes, que después presentaron en Divas. Ellas, las chicas trans y prostitutas, han participado en la mayoría de las exposiciones. En un comienzo la idea fue el tema trans, dice Teresita, pero después de que dos o tres artistas participaron y resultaron otros con la idea de exponer en la Galería, se formalizó el tema bajo los tres conceptos que mencioné. Desde la interacción con el arte vimos la posibilidad de una evolución hacia lo propiamente cultural del sector en relación con el bar, la calle, la seguridad de los alrededores, y con la posibilidad de crear un contexto diferente en la zona. Tenemos la oportunidad de estar en un sector estigmatizado desde hace años donde hoy es posible llegar tranquilo y salir tranquilo. Hay, por supuesto, personas que tienen miedo de venir a la Galería, entonces Miguel va por ellos hasta el Metro o hasta el atrio de la Metropolitana, los trae hasta la Galería y luego los devuelve al punto de encuentro. Es un apoyo incondicional, con Miguel tenemos una alianza estratégica: él es el dueño de la Galería Divas y nosotros desde la Corporación Ítaca somos los activadores de la integración cultural. Divas lleva dos años y algunos meses funcionando como bar; y como Galería, año y medio. Hemos hecho alianzas con instituciones como Casa Tres Patios, donde se realizan residencias de artistas; y con frecuencia, curadores reconocidos, Carlos Uribe por ejemplo, han presentado exposiciones como la del Fondo Patrimonial de Fotografía de la Biblioteca Pública Piloto, con las fotografías de travestis de Medellín a comienzos

del siglo xx, de Benjamín de la Calle, en contraste con las fotografías de Juan Fernando Ospina de los travestis de inicios del siglo xxi. Esta exposición tuvo el apoyo de la Biblioteca Pública Piloto, del Colectivo Medellín Cuid y un conversatorio con Walter Bustamante, investigador de género que publicó un libro sobre homosexuales y travestis en el viejo Guayaquil. La agenda de la Galería Divas, continúa Teresita, tiene exposiciones, talleres de dibujo y otros eventos programados que ocurren durante las exposiciones hasta finales de este año y el primer semestre del 2020.

Hablar con Teresita Rivera sobre Divas y su participación en la comunidad de la calle Barbacoas es tema inagotable. Ella, Jorge, Omar, Miguel y también las chicas trans, gays y prostitutas en Palacé, entre Bolivia y Perú, en el centro de Medellín, están al origen del enriquecimiento del sector con una dinámica de integración y participación, impensable hace algún tiempo para quienes viven por allí y para quienes frecuentan los alrededores en complicidad con el arte.



Saúl Álvarez Lara

Como escritor, editor, dibujante, ilustrador, diseñador encuentro cómo y dónde, entre ficción y cotidianidad, se construyen las historias de cada día. Tengo exposiciones de dibujo en espacios dedicados al arte y libros publicados en editoriales locales; tengo también en mi haber un par de premios literarios y menciones artísticas. Una vez emprendí una aventura literaria y fundé *Ficción la Editorial* en donde publiqué libros de amigos muy queridos. Trabajo en un libro sobre mis encuentros con las obras de pintores que pintan como yo hubiera querido pintar, quizá por eso escribo sobre ellas. Trabajo en investigación, edición y diseño editorial de contenidos para publicaciones, y escribo ficciones que narran el día a día de las gentes, sus encuentros, desencuentros, amores, desamores y lo que sigue.

La Marginalia (www.lamarginalia.com) narra, una vez a la semana, los sábados, los avatares de la ficción en el “mundo llamado real”, como decía Keserü, el personaje de Imre Kertész.

La participación en la teoría y en la práctica

Armando Estrada Villa

Introducción

El artículo 1º de la Constitución Política de Colombia contiene los valores fundamentales que inspiran el funcionamiento de nuestro Estado de derecho: la democracia, el pluralismo y la participación. A estos valores se unen el respeto de la dignidad humana, el trabajo, la solidaridad y la prevalencia del interés general.

La democracia significa que todos los ciudadanos tienen derecho a participar en la conformación, ejercicio y control del poder político, en razón de que la soberanía reside en el pueblo, del cual emana el poder público. Pueden, por tanto, los ciudadanos participar en la gestión de este poder, dado el reconocimiento de derechos políticos y el funcionamiento de instituciones que posibilitan la participación.



Andrew Builes. Ilustrador

El pluralismo, factor esencial de toda sociedad libre, es la expresión de intereses y puntos de vista diversos, compatibles con una multiplicidad de actitudes y formas de vida que pugnan entre sí para hacer prevalecer sus opiniones. El pluralismo pone de presente la existencia de partidos políticos, sindicatos, gremios, confesiones religiosas, organizaciones de género y movimientos culturales.

La participación es reconocida como el protagonismo directo, autónomo e intencionado del ciudadano para intervenir en el proceso de conformación de la voluntad popular y también de la gubernamental. La participación puede ser política mediante el voto; comunitaria, dada la pertenencia a una Junta de Acción Comunal, y ciudadana, si se asiste a la deliberación y votación del presupuesto participativo.

La participación le da vida a la democracia y es canal adecuado para la manifestación de las distintas expresiones del pluralismo. Por eso se considera piedra angular del sistema democrático. Al respecto, Sodaro (2004) declara que “para dar vida a la democracia, la gente tiene que participar” (p. 175). Por su lado, Borja (2012) sostiene que “la participación es el ingrediente más importante de la democracia” (p. 1470). Y para Uriarte (2002): “La democracia, el gobierno del pueblo, se realiza a través de la participación ciudadana” (p. 275).

En vista de la importancia de la participación, este trabajo ahondará en su significación y alcance y en sus implicaciones con la democracia y el pluralismo.

La participación en la Constitución de 1991

La Constitución Política consagra en el artículo 1° que “Colombia es un Estado social de derecho, organizado en

forma de República [...] democrática, participativa y pluralista”; luego el artículo 2° dice que constituye uno de los fines esenciales del Estado “facilitar la participación de todos en las decisiones que los afecten en la vida económica, política, administrativa y cultural”; a su vez, el artículo 40 convierte la participación en imperativo constitucional y declara que “todo ciudadano tiene derecho a participar en la conformación, ejercicio y control del poder público”, en tanto que el artículo 95 anota: “Son deberes de la persona y del ciudadano [...] Participar en la vida política, cívica y comunitaria del país”.

Para cumplir estos propósitos, y convertir en realidad estos principios, la Constitución y diferentes leyes establecen mecanismos, instituciones y procedimientos que permitan materializar la participación. Así, el artículo 103 enuncia que “son mecanismos de participación del pueblo en ejercicio de su soberanía: el voto, el plebiscito, el referendo, la consulta popular, el cabildo abierto, la iniciativa legislativa y la revocatoria del mandato”. Para que grupos de la sociedad puedan participar, el Estado, por mandato constitucional, además de facilitar, asume mayores responsabilidades como quiera que debe garantizar, asegurar, organizar, promover, propiciar y fortalecer los espacios y procesos de participación.

En consecuencia, la Constitución ordena garantizar la participación de la mujer (artículo 40), de los jóvenes (artículo 45), de los organismos de consumidores y usuarios (artículo 78), de la comunidad interesada en gozar de un ambiente sano (artículo 79), de las organizaciones sociales el derecho a manifestarse y participar en eventos políticos (artículo 107) y en la elección de servidores atribuidas a corporaciones públicas como, por ejemplo, el Contralor General de la República; los requisitos y

procedimientos tienen que garantizar, entre otros, el principio de participación (artículos 126, 272).

En cuanto a asegurar, dispone la participación de la ciudadanía en los asuntos públicos de carácter local (artículo 318), de los grupos étnicos y de los colombianos residentes en el exterior en la Cámara de Representantes (artículo 176), el derecho de participación política de los ciudadanos, lo mismo que la participación de los partidos y movimientos en los medios de comunicación del Estado (artículo 265). Además, en la elaboración del Plan Nacional de Desarrollo exige la participación activa de las autoridades de planeación de las entidades territoriales, y en la discusión de los planes de desarrollo se hará efectiva la participación ciudadana (artículos 341, 342).

Por otro lado, la conformación de las entidades territoriales indígenas y su delimitación se hará con la participación de las autoridades de estas comunidades, y en la explotación de los recursos naturales en sus territorios se propiciará la participación de sus representantes (artículos 329, 330). En materia de regalías y en empresas estatales de servicios públicos domiciliarios se exige participación de la sociedad civil; en las primeras por medio de comités de carácter consultivo para los órganos de administración y decisión (artículo 361), y para las segundas deben determinarse formas de participación en la gestión y fiscalización (artículo 369).

Otro cometido estatal en este campo tiene que ver con el deber de organizar, y para ello le manda que organice, con participación de particulares, los servicios de seguridad social y salud (artículos 48, 49) y las formas y sistemas de participación ciudadana para vigilar la gestión pública (artículo 270). Por otro lado, le demanda a

la educación que fomente prácticas democráticas para el aprendizaje de los principios y valores de la participación ciudadana (artículo 41), en tanto que al municipio le corresponde promover la participación comunitaria (artículo 311). Respecto al monitoreo, seguimiento y control del uso de los recursos del Sistema General de Participaciones, ordena definir una estrategia que fortalezca los espacios para la participación ciudadana (artículo 356).

En conclusión, establece la Constitución el derecho y el deber ciudadano a la participación y le impone al Estado obligaciones para que la procure en lo político, lo económico y lo social. Pero debe destacarse que el derecho, entendido como la facultad, el atributo o el poder jurídico de hacer u omitir algo, le permite al sujeto participar o no, pues nada lo obliga a que lo haga, es por completo voluntario.

Referente al deber –entendido como aquello a lo que está obligado el ser humano por leyes positivas, preceptos religiosos o convicciones morales–, su incumplimiento no tiene, en el caso de la participación, ninguna sanción. Por lo que cumplir o incumplir el deber de participar no tiene ningún efecto, no existe premio ni castigo y la decisión de participar o no se considera un acto discrecional que puede o no ejercerse. Por otro lado, se puede renunciar a participar por desacuerdo con el sistema político o con la forma como se realiza la política, y también por bloqueos a la participación por parte de dirigentes, grupos o partidos hegemónicos.

De conformidad con la Carta, el derecho y el deber de la participación (artículos 40, 95), la paz (artículo 22), el trabajo (artículo 25) y el voto (artículo 258) son derechos que pueden practicarse o no a voluntad de la persona,

pues como deber nada los obliga y su aplicación depende más del compromiso social y ético del ciudadano que de un posible castigo.

En cambio, para el Estado, trátese del Gobierno, Congreso o Jueces, implica obligaciones. Es en gran medida el responsable de que las actividades participativas se efectúen. Para ello, la Constitución le asigna, en el artículo 2º, la función de facilitar la participación de todos en las decisiones que los afecten, y más adelante en otros artículos le exige garantizar, organizar, asegurar, promover y fortalecer las instituciones, mecanismos y procesos con el objetivo de hacer efectiva la participación. Tiene pues, el Estado, que servir de escenario y actor para para que las personas, si a bien lo tienen, sean protagonistas de la participación.

La ruta legal de la participación

Para hacer operativa y alcanzable la propuesta de participación que trae la Carta Magna, esta ordena que: “Mediante ley estatutaria, el Congreso regulará las siguientes materias. [...] d) Instituciones y mecanismos de participación ciudadana”. En cumplimiento de este mandato se han expedido gran cantidad de leyes, sobre todo lo atinente a la participación. Fruto de ello fue la ley 134 de 1994 “Por la cual se dictan normas sobre mecanismos de participación” y la ley 1757 de 2015 “Por la cual se dictan disposiciones en materia de promoción y protección del derecho a la participación”, vigente en la actualidad, contentiva de reglas y herramientas que permiten ejercer el derecho a participar en las decisiones colectivas, a la vez que explica la forma de poner en práctica los mecanismos de participación ciudadana: la iniciativa popular

y normativa ante las corporaciones públicas, el referendo, la consulta popular, la revocatoria del mandato, el plebiscito y el cabildo abierto.

Además de estas dos leyes estatutarias, hay otras que, junto con decretos reglamentarios, Compes y directivas presidenciales, desarrollan los temas tratados en la Constitución Política relacionados con el derecho a la participación en sus diferentes modalidades y niveles. Hay leyes específicas sobre participación y otras que, aunque se relacionan con ella, su tema principal tiene otro alcance.

Específicas, que cubren todos los campos para hacer realidad la participación, las de juntas administradoras locales, consejos de planeación, seguridad social en salud, de las comunidades negras, presupuesto participativo, municipales de cultura, juventud, ambiental, paz, desarrollo rural, política social y desplazados. También se reglamenta la integración y funcionamiento de varios comités: participación comunitaria en salud (Copaco), ética hospitalaria, desarrollo y control social de los servicios públicos, local de prevención de desastres, municipal de integración y desarrollo de la comunidad.

Igualmente, las normas se ocupan de poner a funcionar varias juntas: veeduría ciudadana y de vigilancia, municipales de educación, directivas de casas de la cultura, municipal de deportes y, asimismo, otros organismos como la asociación de usuarios de salud, foros educativos municipales, personeros estudiantiles, audiencia pública para el otorgamiento de licencias ambientales y comisión municipal de policía y participación ciudadana.

De las referidas a otros asuntos, pero que tocan en alguna medida con la participación, pueden citarse el Código Único Disciplinario y las siguientes leyes: de servicios públicos domiciliarios, sobre acciones populares y de gru-

po, sobre acción de cumplimiento, sobre contratación, de control interno, de derecho de petición, orgánica del plan de desarrollo y el estatuto anticorrupción, entre otras.

Esta legislación sobre participación lleva a Velásquez y González (2003) a manifestar que:

existe un amplio espectro normativo que la rige, pero esa riqueza no parece traducirse suficientemente en la movilización ciudadana en torno a lo público, en la democratización de la gestión y, sobre todo, en la incidencia de la ciudadanía en la formulación de las políticas públicas; por el contrario, parece ampliarse la brecha entre la institucionalidad participativa, las conductas de la población en el escenario público y sus resultados en términos de la modernización y democratización de la gestión (p. 96).

Es manifiesto que la sola legislación no induce a la participación.

Y es que la participación depende del marco institucional y de la cultura cívica, y también de las condiciones subjetivas y objetivas del participante. Sobre lo primero, las instituciones facilitan la participación, ya que el individuo posee derechos y libertades, hay renovación en los cargos públicos, se acepta el pluralismo y diversas formas de y para la organización social y se dispone de mecanismos y modalidades que la persona puede emplear. En lo cultural, las creencias, valores y actitudes de los ciudadanos los llevan a desconfiar de las autoridades y de las posibilidades de influir en las decisiones, lo que estimula la abstención.

Sobre lo segundo, están garantizadas las condiciones objetivas referentes a los espacios para el ejercicio de las libertades políticas y sociales y al derecho que se otorga

al ciudadano para que decida su voto y su afiliación a una organización; y en lo subjetivo, las aptitudes y actitudes que favorecen las conductas participativas pasan por la conciencia de las necesidades, la motivación, la educación por lo colectivo, la comprensión de los problemas y de los instrumentos para su solución.

Concepto de participación

Participar es tomar parte, intervenir, colaborar en una acción conjunta, involucrarse individual o colectivamente, lo que busca incidir en el proceso de identificación, deliberación y gestión de los conflictos sociales. La participación constituye una práctica colectiva, resultado de una serie de acciones voluntarias interrelacionadas que se convierte en base de la democracia y en vía para que los ciudadanos actúen en política. De allí, la afirmación de Borja (2012): “La democracia es la conjugación del verbo participar en todos sus modos, tiempos, números y personas” (p. 1470).

Para Velásquez y González (2003) la participación es “un proceso social que resulta de la acción intencionada de individuos y grupos en busca de metas específicas, en función de intereses diversos y en el contexto de tramas concretas de relaciones sociales y de poder” (p. 59). Caracterizan la participación la acción intencionada y voluntaria de personas y grupos con objetivos definidos en defensa de sus intereses, que se escenifica en espacios sociales y en ámbitos y juegos de poder. Cuando hablamos de participación, según Vallés y Martí (2015), “estamos tratando del ámbito de lo público, del terreno de la interacción social y de la participación comunitaria en la formulación del interés colectivo” (p. 324). Lo público

como espacio de los bienes públicos y también como espacio abierto e incluyente, que sirve para la deliberación, el debate y la controversia en la definición de los intereses colectivos y la construcción de proyectos comunes. Lo público como punto de encuentro para la reflexión y la discusión, los acuerdos y el disenso, la intervención y la acción de las personas que participan en la definición y defensa de los intereses públicos.

Actores de la participación

El derecho de participación convierte a todos los individuos y a la comunidad en protagonistas de diferentes procesos sociales y políticos, y les permite intervenir en todos los asuntos de interés público. Reconoce la Constitución el derecho a todos los colombianos a intervenir en la vida del Estado en diversas modalidades, sea de manera individual, cuando vota, y colectivamente, cuando pertenece a un grupo, que bien puede ser un partido político, un gremio o un sindicato. Todos los seres humanos son sujetos de la participación, que emplean los mecanismos formales e informales para tomar parte en la formulación de las políticas públicas.

Por eso, las organizaciones creadas por los ciudadanos, y a las que estos se incorporan por decisión propia, tienen pleno derecho a participar, y así constituir medios que utilizan para incrementar el peso específico de su voluntad en lo que atañe a los asuntos públicos. Y es el papel de conjunto de estas organizaciones lo que constituye el tejido conectivo de una sociedad pluralista.

Para que los actores puedan participar, la Constitución les garantiza derechos y libertades que les permitan actuar: libertad de conciencia (artículo 18), de cultos

(artículo 19), de pensamiento y opinión (artículo 20), de prensa (artículo 20), de circulación (artículo 24), de profesión u oficio (artículo 26), de enseñanza, aprendizaje, investigación y cátedra (artículo 27), de reunión (artículo 37), de asociación (artículo 38), de fundar, organizar y desarrollar partidos (artículo 107), de participación (artículo 40), de acceder a cargos públicos (artículo 40.7), de interponer acciones públicas de tutela (artículo 86), de cumplimiento (artículo 87), populares (artículo 88) y de petición (artículo 23).

Según Vallés y Martí (2015), características de los actores son la acción voluntaria, la estabilidad, la comunidad de intereses y objetivos, la línea de acción coordinada y organizada. Para lo cual los actores deben identificar los problemas de la comunidad y las posibilidades de superarlos, permitir que la comunidad exprese sus aspiraciones, se comprometan con programas y objetivos, se involucren en los procesos, utilicen bien los recursos y desarrollen la acción sostenida en el tiempo.

Los sujetos que pueden participar se clasifican en indiferentes o apáticos, porque no actúan; espectadores, porque actúan poco, y activistas, porque actúan con dedicación y compromiso. Bobbio establece tres niveles de participación: de presencia, de activación y de participación. La presencia, “es la menos intensa y más marginal de participación; se trata de comportamientos esencialmente receptivos o pasivos [...] situaciones en las cuales el individuo no hace ninguna aportación” (Bobbio, Matteucci y Pasquino, 2000, s. p.). En la activación, “el sujeto desarrolla, dentro o fuera de una organización, una serie de actividades de las cuales es delegado permanente o de las que se encarga de vez por vez o de las cuales puede ser él mismo promotor”. La participación, en sentido estricto, comprende “las situaciones en

las cuales el individuo contribuye directa o indirectamente en una situación política” (Bobbio, Matteucci y Pasquino, 2000, p. 1137).

Modalidades de participación

La Constitución le asigna a la participación la función de intervenir en la vida económica, política, administrativa, cultural, cívica y comunitaria del país, y expresa las formas de concebirla y ejercerla: política, de la sociedad civil, democrática, comunitaria, ciudadana, popular. Puede comprender el factor político de la actividad humana y también extenderse a todos los campos en los cuales se desenvuelven los seres humanos en sociedad. Bien lo afirman Vallés y Martí (2015): “estas intervenciones adoptan formas múltiples y cambiantes, y son protagonizadas por una diversidad de sujetos” (p. 317). El sustantivo participación y el adjetivo que lo acompaña, bien sea política, ciudadana, social o comunitaria, expresan conceptos diferentes.

Por eso hay modalidades de participación que se hacen efectivas en el proceso económico, en el mercado, en la vida social, en la política y en la cultura. En el proceso económico se puede ser empresario, accionista, trabajador o ahorrador; en el mercado, productor, distribuidor o consumidor de bienes y servicios; en la vida social, miembro de una familia y de grupos voluntarios o de consejos comunales. En la actividad política, elector, afiliado o militante de un partido, periodista, congresista, y en la cultura, asociado a un grupo artístico o un club deportivo.

Para que los miembros de la comunidad puedan influir en los procesos políticos, económicos y sociales, la Carta faculta su participación con intervenciones de dis-

tinto tipo, como cuando votan, se afilian a un gremio o sindicato, pertenecen a la acción comunal; en fin, asisten a reuniones acerca del presupuesto participativo de la comuna donde residen. Para Borja (2012) “lo importante es que cada persona aporte su potencial de conocimientos y de esfuerzos a la vida social” (p. 1470).

La participación contemplada en la Constitución puede estudiarse bajo distintas modalidades: directa o participativa, indirecta o representativa, convencional o no convencional, y también política, ciudadana, social y comunitaria. Veamos a continuación qué significa cada una de ellas, su importancia y formas de manifestarse.

1) Participación directa e indirecta. En calidad de depositario de la soberanía, según el artículo 3º de la Constitución, el pueblo la ejerce directamente cuando toma las decisiones, como ocurre con el plebiscito, el referendo, la consulta popular, el cabildo abierto y la revocatoria del mandato; es decir, participa para tomar o influir de manera concluyente sobre las decisiones; y participa en forma indirecta cuando elige representantes para que decidan por él; esto es, cuando interviene para elegir a sus delegados mediante el ejercicio periódico del derecho al voto, para que sean estos quienes decidan, como sucede cuando se eligen congresistas.

Este es un tipo de participación política que Bogdanor (1991) plantea así: la democracia participativa “incrementa al máximo la participación directa de los ciudadanos en la toma de decisiones políticas”; en tanto que en la participación representativa “el político elegido tiene la responsabilidad de la toma de decisiones políticas y el ciudadano el papel de elegir o rechazar a los políticos y a sus partidos en las elecciones periódicas” (p. 510).

La experiencia colombiana en la aplicación de algunas instituciones de la democracia directa o participativa es la siguiente:

a) El presidente Álvaro Uribe promovió un referendo constitucional que se votó el 2 de octubre de 2003, y solo una pregunta de las quince propuestas fue aprobada, debido a que las restantes no alcanzaron a completar el umbral de votantes que era el 25% del censo electoral.

b) Otro referendo fue el anticorrupción, que no alcanzó el número de sufragantes necesario para que tuviera validez: acudieron a las urnas el 27 de agosto de 2018 11,6 millones de ciudadanos, y se requerían 12,1 millones.

c) Otro caso fue el plebiscito impulsado por el presidente Juan Manuel Santos, que buscaba la aprobación popular del acuerdo suscrito por el gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que se votó el 2 de octubre de 2016. Aunque superó el umbral, 13% del censo, ganó el “No”. Los acuerdos después se pusieron en práctica por decisión del Congreso de la República.

d) Otra experiencia la constituye la revocatoria del mandato, que, no obstante haberse intentado en cerca de doscientas oportunidades, solo en una tuvo efecto positivo y se revocó el mandato del Alcalde de Tasco (Boyacá).

2) Participación convencional y no convencional.

Las formas convencionales de participar corresponden a acciones que se derivan del derecho de los ciudadanos a intervenir en procesos políticos, económicos y sociales. Vallés y Martí (2015) consideran que estas intervenciones “son las que se ajustan a las pautas marcadas por los valores y normas de los sistemas liberal-democráticos: corresponden, en general, al ejercicio de derechos recono-

cidos formalmente en la legislación de dichos sistemas” (p. 325). Ejemplos: el voto, presentarse como candidato, contribuir a la campaña, afiliarse a un partido político o a un sindicato, participar en un mitin.

Actividades de protesta, boicots, tomas de edificios, cierres de vías son formas no convencionales de participación, complementarias de la acción política o social y no alternativas a estas. Para Vallés y Martí (2015) estas formas de participación son acciones “que entran en conflicto con algunos valores dominantes. Suelen desarrollarse al margen de los cauces institucionales y al borde o más allá de la legalidad aceptada. Están asociadas a las demandas de quienes tienen poca confianza en la eficacia de las formas convencionales” (p. 332). Constituyen formas de participación poco pacíficas que son rechazadas por parte de la sociedad y provocan enfrentamientos con la fuerza pública. Se trata de formas esporádicas que llevan a veces a atender las peticiones que realizan los protestantes. Ejemplo de ello son la minga indígena que paralizó el sur del país, y el paro estudiantil que suspendió clases, movilizó estudiantes con cierre de vías, violencia contra edificios y choques con la policía.

3) Participación política. Se define como la actividad de los ciudadanos dirigida a intervenir en la designación de los gobernantes y a influir en los mismos con respecto a la discusión y aprobación de las políticas públicas. Dowse y Hughes (1999) toman la definición de McClosky: son “aquellas actividades voluntarias mediante las cuales los miembros de una sociedad intervienen en la selección de los gobernantes y, directa o indirectamente, en la formación de la política gubernamental” (p. 362). Para Bogdanor (1991) es “el acto de tomar parte en la formulación,

aprobación o aplicación de una política pública” (p. 510). Ejemplo: votar, participar en reuniones, ser candidato a un cargo público, solicitar fondos para el partido.

La participación política permite apreciar, de forma más o menos precisa, el respaldo que tienen los gobernantes, es decir, su legitimidad. Un gobierno es legítimo cuando cuenta con la aprobación de sus gobernados, medida por medio de la participación electoral o con manifestaciones participativas de apoyo a su gestión.

El abstencionismo significa otra forma de expresión política ciudadana motivada por la apatía y el desencanto con los políticos, los partidos y el desempeño de las administraciones. Las cifras de abstención en las elecciones presidenciales son elocuentes: 54% en 2002; 55% en 2006; 51% en 2010; 60% en 2014 y 46% en 2018; y las de alcaldía de Medellín son las siguientes: 54% en 2003; 47% en 2007; 51% en 2011 y 50% en 2015. Y conste que las votaciones unipersonales son mayores que las de Congreso en lo nacional y de Concejo en lo municipal.

4) Participación ciudadana. El concepto ciudadano es un concepto político que revela la relación existente entre el individuo y el Estado, por lo que la participación ciudadana consiste en la intervención de los ciudadanos en la esfera pública, sea en la gestión de asuntos públicos o en las decisiones del gobierno. Es un tipo de participación que le permite a los ciudadanos influir en la toma de decisiones, fiscalización y control de la administración pública en toda clase de asuntos relacionados con preocupaciones sociales y cuestiones de interés común. Se da cuando los ciudadanos se involucran en acciones públicas como la rendición de cuentas, audiencias públicas, referendos, consultas populares, plebiscitos.

5) Participación social. La participación social es la actuación organizada y responsable de asociaciones de la sociedad civil con el objetivo de concretar y defender intereses comunes, solucionar problemas colectivos, crear conciencia social y promover el bien común. Una persona que busca mejorar las condiciones de vida o defender sus intereses mediante cooperativas, asociaciones de discapacitados, mutuales u organizaciones de jubilados.

6) Participación comunitaria. Es el conjunto de acciones desarrolladas dentro de la comunidad, en espacios públicos no estatales por miembros de esta comunidad, que comparten alguna necesidad o problema, en función de organizar, planear y ejecutar proyectos de desarrollo que procuren la solución de sus necesidades específicas y el adelanto de sus condiciones de vida. A esta modalidad pertenecen las juntas de acción comunal, las entidades sin ánimo de lucro y las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) dedicadas a la beneficencia, la solidaridad y el voluntariado.

En referencia a la participación real de la comunidad en los procesos sociales y comunitarios, el libro *Cultura política de la democracia en Colombia*, 2004 informa que en lo nacional las personas que no asistieron a reuniones de organizaciones religiosas alcanzaron el 39,0%, de padres de familia de escuela o colegio 49,5%, de juntas de acción comunal 67,6%, de asociación de profesionales 81,3% y de partido político 71,7%, y es claro que el proceso participativo comienza en reuniones.

En lo municipal, Medellín como Vamos presenta el siguiente panorama a 2018: participan en grupos, clubes o asociaciones deportivas o de recreación el 14%; en juntas de acción comunal o grupos de vecinos el 11%;

en redes sociales que promueven iniciativas ciudadanas, ambientales, cívicas, culturales o deportivas el 9%; en organizaciones religiosas que realizan acciones comunitarias el 9%; en grupos, clubes o asociaciones culturales el 8%; en organizaciones o grupos de defensa del medio ambiente o de los animales el 8%; en asociaciones voluntarias de caridad o de beneficencia el 6% y en ninguna de estas siete formas de participar el 60%. Lo que demuestra una baja participación social y comunitaria en la ciudad, pues solo participa el 40% de las personas.

Beneficios de la participación

En materia de participación cuenta tanto el proceso como el resultado. Y es que los procesos participativos pueden ser o no eficaces, y tener o no éxito a la hora de influir en las políticas públicas; pero debe esperarse que sus acciones tengan en realidad algo más que una función simbólica.

Para Dowse y Hughes (1999): “la participación se ha considerado como un deber cívico, como un signo de salud política, como el mejor método para asegurarse de que los intereses privados no sean desdeñados y como una condición *sine qua non* de la democracia” (p. 359). Borja (2012), por su lado, considera que la participación “es adicionalmente importante como componente del desarrollo humano porque permite la realización de las capacidades, vocaciones y aptitudes de cada persona” (p. 1470). Ofrece, pues, un beneficio general a la democracia, la política y particular porque estimula el mejoramiento personal de los participantes.

En otros términos, puede afirmarse que la participación es útil porque:

- Enriquece las decisiones, planes y proyectos por el conocimiento y la experticia que aportan muchas personas.
- Presenta una mayor probabilidad de corresponder a las necesidades reales de la comunidad, ya que vuelve consciente a la comunidad de su capacidad para opinar, hacerse oír y actuar.
- La relación comunidad-institución estatal optimiza el servicio, incentiva el uso adecuado de los recursos y aumenta su eficacia y eficiencia.
- Reemplaza la pasividad por la participación y ofrece a los participantes la oportunidad de aumentar sus conocimientos y de mejorar su autoestima, competencias y compromiso.
- Sirve al bien común y asegura la promoción humana, pues constituye un mecanismo de combate al conformismo, a la indiferencia, al espíritu de dependencia y a la injusticia social.

Conclusión

El Estado creó el Sistema Nacional de Participación y las organizaciones encargadas de difundir, promover, organizar, adelantar y estimular la práctica de la participación. Sin embargo, las cifras de participación electoral, ciudadana, comunitaria y social son bajas. Por lo tanto, tenemos en Colombia una elaborada concepción teórica sobre la participación de la comunidad y unos pobres resultados de su práctica.



Referencias

- Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G. (2000). *Diccionario de política L-Z*. México: Siglo XXI Editores.
- Bogdanor, V. (Ed.) (1991). *Enciclopedia de las instituciones políticas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Borja, R. (2012). *Enciclopedia de la política* (Tomo II: H-Z). México: Fondo de Cultura Económica.
- Dowse, R. E. y Hughes, J. A. (1999). *Sociología política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Medellín Cómo Vamos (2018). *Medellín cómo vamos*. Encuesta de Percepción Ciudadana de Medellín, 2018. Medellín: Proantioquia, EAFIT, Fundación Corona, Comfama, Comfenalco, Cámara de Comercio, El Colombiano, El Tiempo.
- Rodríguez, J. C. y Seligson, M. A. (2004). *Cultura política de la democracia en Colombia, 2004*. Nashville: ONDI National Democratic Institute, USAID, Vanderbilt University, Centro Nacional de Consultoría.
- Sodaro, M. J. (2004). *Política y ciencia política: una introducción*. Madrid: McGraw-Hill, Interamericana de España.
- Uriarte, E. (2002). *Introducción a la ciencia política. La política en las sociedades democráticas*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Vallés, J. M. y Martí, S. (2015). *Ciencia política. Un manual*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Velásquez, F. y González, E. (2003). *¿Qué ha pasado con la participación ciudadana en Colombia?* Bogotá: Fundación Corona.



Armando Estrada Villa

Doctor en Filosofía y Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana. Especialista en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT. Abogado de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Profesor en las universidades Pontificia Bolivariana y Autónoma Latinoamericana. ExMinistro de Estado; exSenador de la República y exRepresentante a la Cámara de Representantes. Autor de varios libros sobre política, derecho y literatura.

 <p>Universidad Pontificia Bolivariana</p>	<p>SU OPINIÓN</p>	
<p>Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos. Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565 o vía e-mail a editorial@upb.edu.co. Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, e-mail y número telefónico.</p>		

“La Constitución establece el derecho y el deber ciudadano a la participación, y le impone al Estado obligaciones para que la procure en lo político, lo económico y lo social”.

La participación es un tema que concierne a todos los habitantes, aun en situaciones en las que lo deseado es no participar. No participar es, desde el punto de vista de la presencia en la ciudad, una forma de participación.

La participación es la manifestación de la democracia como demostración de pluralismo.

Vivir en una ciudad, habitarla, implica participar, bien sea de manera activa o pasiva, haciendo parte de una organización o contribuyendo, directa o indirectamente, en una situación política.

Estos textos estimularán nuestra curiosidad sobre las múltiples maneras de participar a las que podemos llegar.

Esta obra se publicó en archivo digital en el mes de septiembre de 2019.

ISBN: 978-958-764-727-3



9 789587 164727 3



ISBN: 978-958-764-728-0
<https://repository.upb.edu.co/>



Observatorio de Participación Ciudadana